

BOOKISS

Mabel Díaz
**COSER MI
ALMA ROTA**

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febrero 2020

© 2020 Mabel Díaz
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Agradecimientos](#)

1

—¡Voy a casarme! —exclamó contenta Abril abrazándose a su amiga Mar.

—Verás qué pedazo de despedida de soltera te vamos a organizar —respondió Mar.

—No os paséis, ¿eh? Quiero algo sencillo —le advirtió Abril señalándola con un dedo en alto.

—¿Sencillo? —Mar soltó una carcajada—. Eres la primera del grupo que se casa. No va a ser nada sencillo. Va a ser memorable, algo que nunca olvidarás.

—Me estás dando miedo. Creo que me voy a volver a Barcelona antes de que hagáis algo que pueda lamentar. —Abril simuló un temblor con cara de pánico y Mar rio más fuerte.

—Vamos, tonta, no te preocupes. Si somos inofensivas. —Y para tranquilizarla, su amiga le contó los planes que tenían—. Hemos alquilado una casita rural y pasaremos allí desde el viernes hasta el sábado a mediodía. Te disfrazaremos, te emborracharemos, nos reiremos muchísimo y hablaremos de chicos sin que ellos estén presentes.

—Bueno, si ese es el plan, me parece bien —claudicó ella.

El día anterior Abril había llegado desde la Ciudad Condal al Madrid que la vio nacer y del que llevaba varios años fuera. Era Semana Santa y ella había decidido pasar las vacaciones allí, rodeada de familiares y amigos, antes de unir su vida al hombre con el que estaba segura de que pasaría el resto de sus días.

Echó un vistazo alrededor. Había quedado con su mejor amiga, Mar, en una cafetería con terraza del parque del Retiro. Le encantaba ese lugar. Sobre todo en primavera. Contemplar la explosión de color de las flores, notar su maravilloso olor impregnándolo todo, escuchar el trino de los pájaros que volaban de un árbol a otro... Madrid estaba precioso en esa estación del año y ella había echado tanto de menos pasear por el Retiro...

Levantó la vista al cielo y contempló las nubes blancas que lo poblaban. El sol lucía esplendoroso justo en el medio, pero aún no calentaba lo suficiente como para quitarse la cazadora de cuero marrón que llevaba.

—No me puedo creer que vayas a casarte en un mes. —Escuchó que Mar confesaba con un suspiro.

—A mí también me parece increíble, la verdad. Pero Andreu al final me ha convencido.

—Siempre pensé que, si algún día te casabas, lo harías con Carlos. Eráis la pareja perfecta —comentó Mar con añoranza de los tiempos pasados.

Abril se removió inquieta en su silla. ¿Por qué después de tantos años, escuchar su nombre, la ponía tan nerviosa? Un cosquilleo comenzó a nacer en su estómago, como le pasaba siempre que los recuerdos volvían a ella, pero fue sustituido por el dolor de la separación y los años de olvido que no habían dejado de machacar su corazón desde entonces.

—Serás la única que piense así —contestó Abril intentando que no se le notara la tristeza por lo que pudo haber sido y no fue.

—Sabes que no. Todas opinamos igual.

—Él nunca me quiso. Solo fui un pasatiempo más —replicó Abril con un toque de amargura en la voz. Al darse cuenta, reaccionó deprisa—. Pero basta ya de hablar del pasado. El

presente y el futuro es lo que cuenta ahora. ¡Qué me caso el 23 de mayo, tía! —exclamó sonriente, pero la alegría no llegó a sus ojos y Mar que la conocía bien, se percató de ello.

Sin embargo, Mar no estaba dispuesta a que Abril pasara un mal rato recordando los sueños de un amor roto, por lo que cambió de tema.

—¡Y con un catalán! ¡Nada más y nada menos! —Se rio—. Oye, cuando juegan Madrid y Barça, ¿cómo hacéis? ¿Cada uno en una esquina del salón para que la sangre no llegue al río o...?

—A Andreu no le gusta el fútbol y como a mí me da un poco igual verlo que no... —Sonrió con picardía mirando a Mar—... Nos vamos a la cama y nos entretenemos practicando otro tipo de deporte.

Las dos estallaron en risas y continuaron hablando de otras cosas, pero Abril ya no pudo quitarse de la cabeza a Carlos. ¿Por qué tenía que haberlo mencionado su amiga? ¡Con lo bien que estaba ella sin pensar en él! Llevaba en Madrid menos de veinticuatro horas sin acordarse de su antiguo amor hasta ese momento. Todo un récord, porque las otras veces que había viajado a la capital de España para ver a la familia y a los amigos, no había durado tanto sin recordarlo.

¿Sería que los años pasados en Barcelona habían conseguido mermar los dolorosos recuerdos? Se dijo que sí. Eso tenía que ser. Por fin las heridas del corazón comenzaban a sanar. Así que se propuso con más ahínco sacar a ese hombre por fin de sus recuerdos. Ese viaje a Madrid iba a ser el último que haría en mucho tiempo. Una vez casada con Andreu, se trasladarían a vivir a Nueva York, donde los dos comenzarían a trabajar en el estudio de arquitectura que había abierto allí recientemente su empresa.

2

Carlos aparcó su moto de gran cilindrada frente a las oficinas del cuartel militar donde estaba destinado en Madrid. Acababa de volver de una misión humanitaria e iba a disfrutar de varios días de permiso, pero antes debía hacer algo de papeleo. Después se relajaría. Posiblemente, pasara la Semana Santa en la casita que se había comprado en la sierra el año anterior. Necesitaba paz y tranquilidad después del horror vivido en la guerra de Siria. Tantos años como militar, sirviendo a su país en distintos lugares del mundo, ayudando a tantas personas indefensas en medio de crueles conflictos... acaban pasando factura. Por el momento, había decidido no aceptar más misiones que le mantuvieran lejos de España. Quería vivir los próximos tres o cuatro años en Madrid, tranquilo, al menos hasta que por las noches pudiera dormir sin ver las caras ensangrentadas, los cuerpos mutilados y las familias destrozadas por las guerras y la barbarie.

Resolvió el papeleo en un par de horas y se encontró en un bar cercano con su compañero Samuel, que también había terminado.

—Estoy deseando ver a mi chica —le dijo Samuel sentado frente a Carlos y dos cervezas—. Seis meses sin ella es demasiado tiempo.

—Esta noche la pasarás entre sus piernas recuperando el tiempo perdido, ¿no? —respondió Carlos riéndose.

—Me voy a emplear a fondo para que quede satisfecha con su héroe.

Chocaron las cervezas y bebieron entre risas hasta que a Carlos le sonó el móvil. Tras hablar un par de minutos con la persona que lo llamaba, colgó.

—¡Madre mía! Las noticias vuelan. Solo llevo un día en España y Carolina ya se ha enterado de que he vuelto.

—¿Carolina? ¿La rubia esa que tiene un cuerpo de infarto? —preguntó Samuel, aunque sabía de sobra de quién se trataba.

—La misma.

—¡Joder, macho! Tienes una suerte increíble. Esa chica está buenísima.

—Sí —respondió Carlos orgulloso—. Así que esta noche no vas a ser tú el único que demuestre que es un héroe tanto fuera como dentro de la cama.

Samuel levantó de nuevo su botellín e hizo un brindis.

—Por ti, el mayor sinvergüenza que conozco.

—¿Sinvergüenza? —Carlos se mostró ofendido—. Acabas de romper mi corazoncito, que lo sepas. No sé por qué me llamas así cuando sabes de sobra que las trato bien a todas. Soy sincero con ellas. Solo quiero sexo y nada más. Nunca les hago promesas que no voy a cumplir. Ellas lo saben y lo aceptan. Y yo se lo agradezco siendo el mejor amante que puedan tener. Por eso todas quieren repetir.

—¿Ves cómo eres un sinvergüenza? —Samuel le apuntó con un dedo al tiempo que soltaba una carcajada—. Además de un engreído. ¿Por qué no intentas, por una vez, tener algo serio con alguna de esas chicas tuyas? Si no es con Carolina, pues con Almudena o con Raquel...

Carlos meneó la cabeza mientras tragaba el último sorbo de cerveza.

—Ya lo intenté una vez y no salió bien. No voy a tropezar dos veces con la misma piedra.

—Son piedras distintas. No tiene por qué pasarte lo mismo.

—Ah, ah, he dicho que no.

—Además, ahora tienes más experiencia en las relaciones con las mujeres —continuó Samuel insistiendo—. ¿Y si esta vez todo va bien?

Carlos hizo una mueca con la cara diciéndole a su amigo que no lo iba a convencer.

—¡Qué ganas de complicarme la vida tienes! —lo acusó a Samuel medio en broma—. ¡Con lo bien que estoy así! Pero claro, como tú estás enamorado de Mar, piensas que todos deberíamos probar las mieles de la felicidad amorosa. Y no. Por ahí, yo no voy a pasar de nuevo.

—¿Alguna vez piensas en ella? —quiso saber Samuel.

Carlos se mantuvo en silencio unos segundos. Con su amigo era con el único que se podía confesar con sinceridad. Se conocían de toda la vida. Habían cumplido misión juntos en varios países con conflictos y confiaba en él más que en nadie de este mundo. Samuel le había salvado la vida en alguna ocasión y Carlos a él también, así que ¿por qué negar lo que su amigo intuía? ¿Qué si pensaba en ella? Demasiado. Y que la chica, además, llevase el nombre de un mes de la primavera... no ayudaba.

—Más de lo que me gustaría. —Suspiró pesadamente.

—Todavía no la has olvidado —confirmó su amigo—. A pesar de que han pasado siete años y varias mujeres por tu cama en ese tiempo.

—¿Cómo la voy a olvidar si vosotros no dejáis de recordármela? —preguntó Carlos empezando a molestarse con su amigo por tocar de nuevo ese tema, algo que ocurría a menudo—. Si tú no dejas de mencionarla cada vez que hablamos de mujeres y Mar no para de contar, cuando nos juntamos todos los amigos, lo bien que le va a Abril en Barcelona, lo mucho que está triunfando en su profesión y lo feliz que es con el catalán de los cojones ese. ¡Joder! ¡Si hasta mi madre me echa en cara lo tonto que fui por haberla dejado escapar!

—Vale, colega, no te enfades. —Samuel levantó las manos pidiendo calma—. Pero tu madre tiene razón. Fuiste muy tonto. Muuuuy tonto.

—Déjame ya en paz. Lo mío con Abril se acabó hace mucho y ya va siendo hora de que pase página y siga con mi vida. No voy a buscar a ninguna mujer para tener una relación porque no quiero. —Se inclinó hacia delante por encima de la mesa para quedar más cerca de su amigo y clavó los ojos en él—. La única chica con la que compartiría mi vida sería con Abril, pero ella voló de aquí hace mucho y nunca volverá. Ya lo he aceptado y estoy resignado.

—¿Y te vas a quedar soltero toda la vida? —quiso saber Samuel, que no entendía por qué su amigo no quería rehacer su vida con otra mujer y solo se dedicaba a tener sexo con ellas.

«Si no es con Abril, no será con nadie», estuvo a punto de decir Carlos.

—Pues sí. ¿Qué pasa? ¿No puedo ser así de raro? Estar soltero no es tan malo como piensas y sabes que a mí no me faltan candidatas que me calienten la cama.

—¿Ah, sí? Y cuando tengas setenta años y hayas perdido tu atractivo físico, ese que tanto atrae a las chicas ahora, ¿qué pasará entonces?

—Entonces me dedicaré a darle migas de pan a las palomas junto al estanque del Retiro, sin tener a mi lado a un capullo que me recuerde a cada momento lo gilipollas que fui por haber perdido a la única mujer que me ha importado en la vida.

3

A Abril le encantaba la primavera. Era su estación preferida del año. Casi todas las cosas buenas de su vida habían ocurrido en esa época plagada de flores que alegraban los jardines, dotando a la ciudad de multitud de colores. La vida resurgía con la primavera. Con el olor a tierra mojada que dejaban las tormentas y que a ella le gustaba especialmente. Disfrutaba contemplando las gotas de lluvia que se suspendían de los pétalos y las hojas de los árboles dándole a todo una apariencia mágica, como si estuviera en el bosque encantado de un cuento de hadas.

El parque del Retiro era su lugar especial. Sobre todo, la zona del palacio de Cristal, con su lago artificial, los árboles sumergidos en sus aguas y el pequeño pasadizo de la cascada. Allí había recibido su primer beso el mismo día que comenzaba la primavera hacía ya más de catorce años.

Carlos había sido el encargado de dárselo. Lo había conocido en una fiesta del instituto gracias a unos amigos comunes. La primera vez que lo vio, pensó que era el chico más guapo con el que se había topado. Se enamoró de él al instante. Estuvieron hablando y bailando durante toda la fiesta, y al acabar, él la acompañó a casa. Quedaron para el siguiente sábado.

Fueron al Retiro y dieron un paseo en una de las barcas del estanque principal. Después, agarrados de la mano, comenzando su relación, Carlos la llevó a ver el palacio de Cristal. Dieron un paseo por el pequeño lago artificial y, al pasar por la cueva, Carlos tiró de ella y la cogió por la cintura. La miró fijamente a los ojos y se acercó despacio hasta rozar su boca. La otra mano fue lentamente subiendo por su cadera, acariciándole la espalda hasta llegar a la nuca de Abril, donde enterró los dedos entre el suave cabello de ella y presionó los labios todavía más para profundizar el beso. Miles de fuegos artificiales estallaron en ese momento. El corazón de Abril latió con fuerza, la sangre le quemó las venas y un agradable calor se apoderó de todo su cuerpo. Cuando se separaron, los dos estaban sin aliento. Ella abrió poco a poco los ojos y contempló cómo él la observaba con una sonrisa de satisfacción y orgullo. Abril también le sonrió y Carlos tiró de ella de nuevo para seguir paseando.

Sacudió la cabeza para alejar los recuerdos. No quería que la tristeza se apoderase de ella.

—¿Vamos? —Oyó que su amiga Mar le preguntaba—. He quedado con Samuel. Ayer volví de Siria y me muero de ganas de verlo.

—Te acompaño y así lo saludo —dijo Abril levantándose de su silla. Dejó unas monedas para pagar las dos consumiciones y añadió—, luego me marcharé a casa para no molestaros, tortolitos.

—¡Anda, tonta! ¡Tú no molestas! Además, ya tendremos tiempo después de la cena con todos los amigos para hacer nuestras cositas.

—¿A qué hora es la cena y dónde?

—Hemos quedado a las nueve y media en Atocha. Desde allí iremos andando hasta el restaurante. No está lejos —le explicó Mar mientras caminaban hacia la salida del parque.

Al llegar a la puerta del Retiro por la que iban a abandonar el lugar, a Abril se le paró el corazón un par de segundos. Después volvió a latir con tanta fuerza que creyó que le rompería la caja torácica.

No podía ser. No lo esperaba tan pronto. Sabía que en algún momento aquello sucedería, pero pensó que sería esa noche en la cena, no antes. Nunca estaba preparada para verlo. Y menos para encontrárselo allí a la salida del parque, al lado de Samuel.

Carlos estaba más guapo de lo que ella recordaba. Con su pelo corto moreno, una perilla cuidada, en medio de la que asomaban sus carnosos labios, esos que ella había besado hasta saciarse en el pasado... No, hasta saciarse no, porque Abril nunca se cansó de besarlos el poco tiempo que esa boca le perteneció. Su cuerpo, cubierto por una cazadora de cuero negro y unos vaqueros gastados, le pareció más masculino, más fuerte y más viril que la última vez que lo había visto.

La sangre comenzó a correr enloquecida por sus venas ante lo que su mente se empeñaba en recordarle. Las grandes manos de Carlos acariciando cada centímetro de su piel, la boca recorriéndola a conciencia, sin dejar ningún hueco de su cuerpo sin besar; él entrando en ella...

Notó que comenzaba a sonrojarse, algo que solo le pasaba en presencia de ese amor roto, y se obligó a tranquilizarse respirando profundamente.

A Carlos se le secó la garganta cuando la vio y todos sus pensamientos coherentes se esfumaron. Abril estaba allí. Delante de él. Como un ángel recién bajado del cielo. Seguía tan preciosa como siempre. Con su largo pelo castaño, sus ojos color miel en los que él se había perdido infinidad de veces contemplando las motitas doradas que los salpicaban, y su boca de fresa, esos labios que había besado, lamido y mordisqueado... sabía que nunca probaría otros igual, con un sabor tan intenso y adictivo.

Repasó con la mirada el atuendo de Abril. Cazadora de cuero marrón, vaqueros blancos ajustados que marcaban sus caderas de una manera enloquecedora y botas altas. Se empapó de su belleza mientras se levantaba de la moto negra en la que había estado apoyado y se dirigió hacia las dos chicas para saludarlas, sintiendo cómo el calor del deseo se apoderaba de él, como siempre que la veía. Hizo acopio de todas sus fuerzas para no caer de rodillas ante Abril y rendirle culto como si fuera una diosa en su altar.

—¡Vaya! ¡Mira quién ha venido! —exclamó Carlos sonriendo. Le dio dos besos y se deleitó con el inconfundible aroma a orquídeas de ella—. ¿Qué tal por las tierras catalanas? ¿Te tratan bien?

Se saludaron como siempre hacían. Con educación y guardando las formas. Igual que dos viejos amigos. Solo que ellos no habían sido dos simples amigos.

—Hola Carlos. —Abril estuvo a punto de colgarse de su cuello para no apartarse de allí jamás al oler la fresca fragancia que él usaba. Le recordaba a los días de lluvia primaveral, algo que a ella le había gustado siempre—. Sí, me tratan bien.

Al separarse sus mejillas, los dos echaron de menos inmediatamente la calidez de la piel del otro. A Abril le hizo cosquillas la perilla de Carlos y ese hormigueo traspasó su epidermis, adentrándose en su cuerpo y bajando hasta su estómago. Todas las terminaciones nerviosas estallaron alteradas y se dijo que lo mejor era rehuir su contacto. Eso era muy malo para su paz mental.

Carlos sintió de nuevo cómo sus neuronas se fundían una a una al posar los labios sobre la suave piel de Abril. Pero se obligó a alejarse si no quería sucumbir a sus instintos más primarios allí, en mitad de la calle, con Samuel y Mar contemplando el reencuentro de los dos viejos amantes.

—Hola Samuel. —Abril saludó a su otro amigo también con dos besos.

—Cada vez que vienes estás más guapa —la piropeó el novio de Mar—. Se ve que te sienta bien el aire de Barcelona.

—Gracias. A ti no te veo mal, teniendo en cuenta que acabas de llegar de un país en conflicto.

Carlos la observaba mientras hablaba con Samuel. Su amigo no le había contado que ella estaba en la ciudad y estaba convencido de que Mar se lo habría dicho cuando la había llamado para quedar ese mediodía. ¿Por qué motivo no se lo había contado? Además, había tenido la oportunidad de hacerlo. Habían estado hablando de ella hacía escasos minutos. Luego tendría unas palabras con Samuel para aclararlo.

Abril se tocaba el pelo, poniéndoselo detrás de la oreja a cada instante. Carlos sabía que era un signo de nerviosismo. ¿Estaría alterada por su presencia allí?

«¡Vamos! ¡No seas tan creído! Seguro que no es por ti», se regañó a sí mismo.

—Bueno, pues me voy a casa ya. Esta noche nos vemos en la cena —se despidió Abril de todos.

—¿Vas a venir? —preguntó Carlos. Aunque era obvio. Siempre que Abril viajaba a Madrid todos los amigos se reunían para verla y más ahora, que llevaba bastante tiempo sin aparecer por la capital.

Mar se rio antes de contestarle.

—¡Pues claro que va a venir! La cena es en su honor. Estaremos todos juntos, después de los cuatro años que la señorita lleva desaparecida por tierras catalanas y antes de celebrar la despedida de soltera mañana, a la que solo acudiremos las chicas.

—¿Qué despedida de soltera? —quiso saber Carlos extrañado. ¿Qué se había perdido en estos seis meses que había pasado en Siria? ¿Cuál de sus amigas se casaba?

—La mía —respondió Abril con un nudo en la garganta y el estómago del revés. Empezó a encontrarse mal sin saber por qué.

—¿Te casas? —Carlos la miró como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente—. ¿Con el catalán? ¿Cuándo? —quiso saber indignado.

Ahora entendía por qué el cabrón de su amigo Samuel no le había dicho nada. No quería enfrentarse a su ira al conocer esta noticia.

—Sí. Me caso con Andreu —recalcó su nombre, Abril odiaba que sus amigos se refirieran a él como «el catalán»—. El 23 de mayo. Aquí en Madrid. Será una ceremonia civil en el palacio de Cristal. Esta noche os daré las invitaciones en mano. Espero que podáis asistir todos a la boda. —Desvió sus ojos de los furiosos iris oscuros de Carlos y miró a Samuel y a Mar con una sonrisa nerviosa.

¿Por qué Carlos estaba tan molesto? ¿A él que narices le importaba si ella se casaba o no con su novio? Después de tantos años, debería darle igual lo que ella hiciera, ¿no? Y otra cosa, ¿se habría dado cuenta de la fecha en que se iba a celebrar el enlace? Samuel y Mar parecía que no se habían percatado. O, si lo habían hecho no habían querido comentar nada. Pero Carlos... a Carlos no podía escapársele aquel dato.

Cuando Andreu decidió la fecha de la boda, ella supo enseguida qué día era. Intentó convencerlo para cambiar el día, incluso el mes, pero Andreu se opuso. En esa fecha se habían casado los padres de él treinta y cinco años antes y a él le ilusionaba contraer matrimonio el

mismo día que sus progenitores. Así que, para no discutir con su prometido, Abril había accedido a casarse en ese día. A cambio, contraerían nupcias en el lugar escogido por ella. Y no podía ser otro que el palacio de Cristal. Su lugar preferido en el mundo.

Siempre soñó que sería con Carlos con quien se casaría allí, pero el destino había decidido que no fuera él. Aun así, Abril no pensaba renunciar a ese lugar mágico para ella.

Lo malo iba a ser que en cada aniversario de boda, terminaría por recordar a Carlos, sin querer; debido a la fecha del enlace. ¿Cómo iba a soportar toda su vida esto?

4

Carlos se marchó de allí enfadado. Volando con su moto de gran cilindrada por las calles de Madrid; no dejaba de maldecir al catalán que le había robado a su chica. Pero, en el fondo, sabía que solo él había tenido la culpa de que Abril no estuviera a su lado. Si no hubiera sido tan cobarde, el que contraería matrimonio con ella el 23 de mayo sería él y no el otro hombre.

23 de mayo. ¿Por qué Abril había elegido ese día? Ella tenía que recordar que era su cumpleaños. ¿Acaso quería torturarlo? ¿Cómo podía casarse en un día tan especial para Carlos? Cada uno de los cumpleaños que le quedaban por vivir iba a ser un suplicio sabiendo que, mientras él se esforzaba por pasarlo como buenamente podía, ella lo celebraría en los brazos de su marido.

Llegó a su casa y cerró dando un portazo. Comenzó a pasear por el salón, como un animal enjaulado, mientras ideaba una excusa para no acudir a la cena de esa noche. No se sentía capaz de estar allí, con todos los amigos celebrando que Abril había vuelto a la ciudad después de cuatro años sin pisarla, y que además iba a casarse.

En el momento en que ella diera el «Sí, quiero» la habría perdido para siempre. Sabía que Abril tenía unas convicciones muy fuertes respecto al matrimonio. Una de las cosas que a él le habían asustado en el pasado. La primera vez que ella se lo comentó, con quince años, después de su primer beso, Carlos se echó a reír. Aún eran muy jóvenes para pensar en casarse y supuso que Abril tenía la cabeza llena de cuentos de hadas.

Él solo pensaba en adquirir experiencia con las chicas. Cuantas más, mejor. Sus revolucionadas hormonas mandaban y la primavera que los tenía a todos alterados les hacía un flaco favor. Aquellos días en que su relación nacía igual que lo hacían las flores en los jardines y las hojas en los árboles, duraron poco. Abril estaba muy enamorada de Carlos y a él comenzó a invadirle el miedo. Solo tenía quince años. ¿Iba a estar toda la vida con esa chica? Vale que le gustara un montón. Vale que ella fuera divertida e inteligente, además de preciosa. Pero de ahí a querer casarse con ella como Abril pensaba...

Así que la dejó. Antes de que ella se enamorase más todavía. Antes de que fuera demasiado tarde, se viera metido en una relación siendo tan joven y sin saber aún lo que buscaba en la vida, ni lo que esta le tenía preparado.

Empezó a salir con otras chicas, aunque cada vez que veía a Abril, cada vez que ella lo contemplaba con la mirada triste por su ruptura, él sentía que se estaba equivocando y que acababa de perder a una chica que se convertiría en una gran mujer.

Con el paso del tiempo, Abril lo fue superando. O al menos eso creía Carlos. Ella también tuvo varios novios, más bien rollos que no duraban un mes, como los que tenía él. Parecía que competían entre ellos y cuando uno de los dos dejaba a su pareja, el otro hacía lo mismo. Era como si quisieran darse una segunda oportunidad al estar libres de nuevo. Pero ninguno de los dos acercaba posiciones para que eso ocurriera.

Hasta que con veinte años pasó lo que tenía que pasar. Lo que llevaba tiempo cociéndose a fuego lento. Volvieron a estar juntos. Fueron los meses más maravillosos de toda su existencia. Pero otra vez, él metió la pata.

Y ahora ella iba a casarse con otro.

No podía permitirlo. Sería el fin. Aunque le había dicho a Samuel que estaba resignado, no era así. Pero el error que cometió a aquella edad aún pesaba sobre él. Igual que todos los demás. Igual que todas las veces que se equivocó con ella.

Tenía que hacer algo. Pero ¿qué?

5

—Abril, cariño, han venido a buscarte para llevarte a la cena —le dijo su madre entrando en el baño, donde Abril terminaba de maquillarse.

Ella se extrañó. Nadie le había dicho que pasaría por su casa para recogerla. Terminó de pintarse los labios mientras su madre abandonaba el baño.

Cuando iba hacia el salón, escuchó las risas de sus padres y otra que identificó al instante. Se detuvo en mitad del pasillo, apoyándose en la pared con la mano en el corazón, tratando de calmar sus acelerados latidos. Cerró los ojos y una pregunta acudió a su mente. ¿Qué demonios hacia él allí?

—¿Cómo es posible que dejéis que se case? —le preguntó Carlos, entre risas para disimular su malestar, a los padres de Abril cuando ella entraba en la sala—. Todavía no ha cumplido los treinta. Aún le faltan dos meses. Es demasiado joven.

—Porque hace mucho que cumplí la mayoría de edad y, desde entonces, decido mi vida —respondió Abril fulminándolo con la mirada—. ¿Qué haces en mi casa?

—He venido a buscarte. Llegaremos antes a Atocha en mi moto que en la Renfe.

Carlos se levantó del sofá y se despidió de los padres de Abril. Ella también lo hizo y una vez en la calle, le recriminó su actitud.

—¿Cómo te atreves a venir a mi casa y hablar con mis padres sobre mi futuro enlace? ¿A ti qué narices te importa? ¿Te crees que tienes algún derecho sobre mí?

—Solo trato de impedir que cometas una tontería. No has pensado bien lo de casarte con el catalán —contestó mientras le tendía un casco de moto. Él ya tenía el suyo puesto.

Abril se cruzó de brazos.

—Claro que lo he pensado bien. ¿Pero quién te has creído que eres para cuestionar mis decisiones?

—Alguien que solo vela por tu interés y tu bienestar.

Se acercó a ella y le puso el casco.

Abril no entendió por qué no lo detuvo. Por qué dejó que se lo colocara sin replicar más, y tampoco por qué subió a la moto. ¿Por qué cuando estaba con Carlos toda su fuerza de voluntad para resistirse a él quedaba aniquilada? ¡Maldito hombre!

Se abrazó a su fuerte cuerpo, poniendo las manos en la cintura de Carlos. Pero pareció que esta posición no le gustó a él, porque inmediatamente cogió las manos de Abril y las colocó sobre su pecho. Ella pudo sentir cómo latía su corazón y el calor de su piel que traspasaba la ropa, adentrándose en la suya. Cuando Carlos se tomó la libertad de acariciar lentamente sus muslos para cogerla de las caderas y pegarla más a su espalda, Abril tuvo que reprimir un gemido. Esas caricias le estaban haciendo arder y con cada bache de la carretera, su sexo se frotaba contra el cuerpo de Carlos, volviéndola loca.

Por fin llegaron al sitio donde iban a cenar. Abril se bajó de la moto con un profundo suspiro. El tormento había finalizado. Le entregó el casco y, sin esperar a Carlos, entró en el bar.

Todos sus amigos ya estaban allí. La recibieron con abrazos y risas. Se fueron acomodando a lo largo de la mesa reservada y empezaron a cenar. Carlos, sentado en una esquina, no le quitaba

ojo, lo que hacía que ella estuviera sumamente nerviosa.

—¿Te has pensado bien lo de casarte con el catalán? —le preguntaron sus amigos por quinta vez.

—Se llama Andreu —replicó Abril molesta porque todos cuestionaban su decisión—. Y sí, me lo he pensado muy muy bien.

—Así que la próxima vez que te veamos serás toda una *señora* —comentó otro.

—Pero pasará mucho tiempo hasta que me volváis a ver. Después de la boda, nos iremos a Nueva York a trabajar. Y si nos amoldamos bien a la ciudad, igual nos quedamos allí para siempre —les explicó Abril.

Carlos se atragantó al oírla. ¿Qué se iba a Nueva York para siempre? No tenía bastante con que Abril se casara con otro hombre y viviese en una ciudad distinta a la suya. Además, ese maldito catalán se la llevaba todavía más lejos. La miró indignado y furioso a partes iguales.

El silencio se había hecho entre los amigos. Todos intentaban asimilar la noticia.

—Antes de que se me olvide —comenzó a hablar Abril, rompiendo el tenso momento—, os voy a repartir las invitaciones de la boda. Espero que podáis venir todos porque... será la última vez... que nos veamos antes de... —No pudo continuar. Se le había formado un nudo en la garganta al ver las caras serias y tristes de sus amigos después del futuro que les había contado.

Ella sabía que todos se alegraban porque iba ascendiendo en su profesión como arquitecta, pero tener que marcharse al extranjero y no saber cuándo volverían a verla, los llenaba de congoja. Todos la querían muchísimo y la pena les había inundado con la noticia.

A Carlos lo dejó para el final. Mientras las chicas comentaban lo elegante que era la tarjeta de la boda, ella se acercó lentamente. Él no la miró cuando la tuvo al lado con la invitación en la mano y como no hizo amago de cogerla, Abril se la dejó en la mesa.

Dio media vuelta para volver a su sitio, pero Carlos la retuvo agarrándola de la muñeca. Ella sintió los dedos abrasándole la piel y una sensación de anhelo desesperado se apoderó de su ser.

—No hace falta que a mí me la des. No voy a ir a tu boda —dijo él en un tono seco que le hizo saber a Abril lo mucho que le desagradaba aquello.

—Entonces, quédatela de recuerdo. —Abril se soltó de su agarre y caminó dignamente hasta su silla. Las rodillas se le habían convertido en gelatina. Aquel era el peor momento para que todo el mundo viera cómo le afectaba todavía el contacto con su exnovio.

Carlos miró la tarjeta con el nombre de los dos y se le revolvió el estómago cuando sus iris oscuros se posaron en el del catalán. Ese nombre no debería estar ahí. Sino el suyo. Odió cada una de las letras que formaban «Andreu» y deseó que pusiera «Carlos» en la invitación.

Cada vez más enfadado, comenzó a pensar que aquello tenía que ser una pesadilla. Y encima ella se iba a marchar al otro lado del charco.

Si hubiera alguna forma de impedirlo...

6

Cuando salían del bar, el móvil de Carlos sonó. Al mirar la pantalla vio que era Carolina quien lo llamaba.

¡Carolina! Se había olvidado por completo de que había quedado con ella. Contestó de mala gana y canceló la cita. No tenía ganas de estar con nadie. Lo único que quería era buscar el puente más alto de todo Madrid y tirarse desde él.

Abril se iba a casar.

Y por más vueltas que le daba no encontraba la manera de hacerle cambiar de parecer o interrumpir la boda.

—Carlos. —Oyó que lo llamaba Samuel una vez ya en la calle—. Espera.

—¿Tú sabías todo esto? —preguntó de malos modos.

Samuel asintió con la cabeza.

Y Carlos notó cómo un instinto asesino se apoderaba de él.

—Mar me lo contó y me pidió que no dijera nada a nadie —se excusó Samuel—. Abril quería comunicarlo ella misma esta noche.

—Pero tú eres mi mejor amigo —le contestó Carlos controlando su ira—. Y sabes lo que siento por ella.

—Me dijiste que ya te habías resignado.

—¡Te mentí! —le gritó amargado—. ¿Cómo voy a estarlo? Nunca he dejado de amarla, pero ahora... si alguna vez tuve la mínima esperanza de volver con ella, ya sí que la he perdido para siempre.

Respiró hondo mientras su amigo lo contemplaba con pena. Carlos era la viva imagen de un corazón roto de dolor.

—Todavía tienes tiempo de recuperarla —lo animó Samuel—. Estará aquí hasta el domingo. Hazle cambiar de opinión. Enamórala de nuevo.

—¿En tres días? —Se rio Carlos, aunque aquello no le hacía ni pizca de gracia—. ¿Y cómo pretendes que lo haga? ¿Tienes algún plan, Einstein?

—Mira, a nadie nos gusta que se case con el catalán y mucho menos que se vaya a vivir al extranjero. El único que puede hacer que ella vuelva aquí con nosotros eres tú. Tienes que hacer algo, tío.

—Ella es libre de vivir su vida como quiera —reconoció Carlos—. ¡Qué más quisiera yo que volviera a Madrid otra vez! Aquí hay un montón de empresas y estudios de Arquitectura que se pegarían por tenerla trabajando para ellos. Si Abril estuviera aquí de continuo, yo podría volver a intentarlo, pero ahora... —se lamentó.

—Pues como no la secuestres y te la lleses bien lejos, donde nadie os encuentre...

Carlos lo miró como si su amigo hubiera desvelado el secreto mejor guardado del mundo.

—¡Eso es! —exclamó con energías renovadas y la ilusión bailando en sus ojos—. Eres un fenómeno, colega.

—Te lo decía de broma.

Pero Carlos no le hizo caso y continuó.

—Hay que planearlo muy bien.

—Pero, tío, ¿te estás oyendo? Estás hablando de secuestrar a una persona. —Samuel lo miraba como si Carlos fuera un extraterrestre recién bajado de su nave.

—Lo malo van a ser sus padres. ¿Cómo vamos a explicar la ausencia de Abril?

—Definitivamente, a ti te falta una caja entera de tornillos. —Samuel no daba crédito a lo que escuchaba de los labios de su amigo—. ¿Tè das cuenta de que ella o su familia podrían denunciarte por eso? ¡Arruinarías tu vida! ¡Y tu carrera militar! Podrías acabar en la cárcel.

—Sí, vale. —Carlos hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a las palabras de Samuel—. ¿Me ayudarás?

—¿Qué quieres, que cumpla condena contigo? Estás loco, tío.

Carlos lo miró con ojitos de cachorrillo apaleado.

—Por favor, Samuel, es mi última oportunidad con ella. Tengo que intentarlo. Si lo hacemos bien, nadie me acusará de secuestro ni a ti de cómplice. Además, estoy seguro de que Mar querrá participar si se lo contamos.

—A mí novia no la metas en esto —soltó su amigo, aunque estaba completamente seguro de que a la loca de Mar le iba a encantar la idea. Ya la veía dando saltos de alegría por lo que Carlos planeaba hacer.

—Por favor... tengo que recuperarla —suplicó con tanta amargura que Samuel al final no pudo resistirse y acabó accediendo.

—Está bien, loco. Dime, ¿cómo lo vamos a hacer?

7

Abril salió a la noche primaveral de Madrid mientras el resto de sus amigos terminaban de pagar la cuenta. A unos metros de ella estaban Carlos y Samuel hablando. No quiso acercarse. Estaba enfadada por lo que había pasado con su exnovio cuando le había dado la invitación de la boda. ¿Cómo podía ser tan idiota ese hombre? ¿Es que no podía olvidar el pasado como intentaba hacer ella y tener una relación amistosa y cordial?

Cuando le comentó a Andreu que pensaba invitar al enlace a su expareja, el catalán le preguntó si era una buena idea hacerlo.

—No —respondió Abril—, pero voy a invitar a todos los amigos. Quedaría feo que a él no lo invitase. No me queda más remedio. Luego si quiere venir o no, es cosa suya.

Y Carlos había decidido que no. ¿Por qué le sentaba tan mal su reacción? ¿Por qué le dolía tanto que él no acudiera al evento? Si en realidad lo mejor para todos era que él no fuera. Ella podría celebrar su boda sin la sombra del pasado allí presente. No se acordaría de Carlos ese día tan señalado para ella.

Caminó hasta apoyarse contra un coche y se abrazó a sí misma. La temperatura ya comenzaba a descender y, aunque ese día había lucido un sol maravilloso que había dotado de luz a toda la ciudad, no había sido suficiente para que su calor continuase una vez que el astro rey había desaparecido. Miró el jardín cercano y comprobó que las flores ya habían cerrado sus pétalos para irse a dormir. Pensó en hacer lo mismo, pero Mar había propuesto visitar un local nuevo cerca de allí y todos habían aceptado. Además, hacía tanto tiempo que no veía a sus amigos y que no salía de fiesta por su ciudad... Esa ciudad que ahora estaba llena de color gracias a la primavera. No pudo negarse. De todas formas, tomaría una copa y se iría a casa. Si al día siguiente tenía su despedida de soltera, quería dormir bien esta noche para aguantar lo que sus amigas le tuvieran preparado.

El teléfono sonó en su bolso y Abril rebuscó hasta encontrarlo. Vio que era Andreu. En ese momento no le apetecía hablar con él. Tenía un cúmulo de sensaciones en su interior, todas provocadas por Carlos, y no quería que su novio se diera cuenta de que algo la atormentaba. Pero sabía que si no contestaba a la llamada, Andreu se preocuparía, así que pulsó en la pantalla del móvil el botón verde.

—Hola, ¿qué tal todo por Barcelona?

—Hola, amor. Por aquí regular. Te echo de menos.

—¿Regular por qué? —quiso saber Abril.

—Porque te echo de menos —repitió Andreu.

—¡Tonto! —Se rio ella.

—¿Qué tal con tus amigos?

Abril le contó el reencuentro con todos, pero obvió su enfrentamiento con Carlos. Tampoco le dijo que este había ido a su casa para hablar con sus padres sobre la boda ni todo lo demás. No quería que Andreu se preocupara.

—¿Cómo vas con el proyecto? —quiso saber Abril. Su novio no había podido viajar a la capital de España con ella esos días porque tenía que terminar un trabajo para la semana

siguiente y, al llevarlo retrasado, se había quedado en Barcelona para adelantar y poder entregarlo a tiempo.

—Hoy he hecho bastante —comentó Andreu contento—. Creo que en estos días de Semana Santa me dará tiempo a terminarlo. Siento mucho no poder acompañarte en las vacaciones. Me hubiera gustado ver a tus amigos y tu familia, pero...

Mientras escuchaba a su novio, Abril observó cómo Carlos subía a su moto y se largaba.

«Genial. Ahora me deja tirada», se enfurruñó mentalmente al ver que el madrileño desaparecía.

Su amiga salió en ese momento del bar y Samuel se acercó a ella. Hablaron un momento. Mar parecía algo confusa mientras escuchaba lo que su novio le contaba. Después, una sonrisa iluminó su cara. Afirmó con la cabeza a lo que su chico le había dicho y, colgándose de su cuello, lo besó apasionadamente.

—Tengo que colgar —comentó Abril a Andreu mientras observaba cómo Mar se acercaba a ella, tras dejar a Samuel con los demás amigos—. Ya han salido todos del bar y nos vamos a otro sitio.

—Te quiero —le dijo su novio.

—Buenas noches.

Cuando colgó, su amiga le preguntó.

—¿Era el catalán?

—Andreu —bufó Abril. ¿Pero es que nunca iban a llamarlo por su nombre?

—¿Y qué quería?

—¿Cómo que qué quería? Hablar conmigo.

—¿No puede pasar cuatro días sin hablar contigo? —quiso saber Mar

—Pues no. Fíjate si me quiere, que no puede estar sin hablar conmigo ni un día —replicó molesta Abril.

—Si fuera militar como Samuel y Carlos, y estuviera en una misión, en un país en conflicto, donde no pudiera llamar cuando a él le diera la gana, se iba a morir el pobrecito catalán.

Samuel llegó en ese momento donde estaban las chicas, interrumpiendo su conversación.

—Carlos se ha tenido que ir —informó a Abril.

—Ya me he dado cuenta —soltó molesta—. Me ha dejado tirada. Como tantas otras veces. Supongo que le habrá llamado alguna amiguita y se habrá ido a pasar la noche con ella —comentó destilando veneno en cada una de sus palabras.

Samuel y Mar se miraron, pero no dijeron nada.

—Menos mal que puedo volver a casa en Metro, que si no... —continuó Abril.

—Entonces ¿por qué te enfadas? ¿Vas a poder regresar a tu casa, no? Lo único que no lo harás de la manera en que saliste de ella —dijo Samuel.

—Ya, pero lo lógico hubiera sido que si me trae él, me vuelva a llevar él. No se puede ir por ahí dejando colgada a la gente. Carlos es un irresponsable. —Abril dio una patada al suelo indignada y se cruzó de brazos otra vez.

—Perdona, pero en eso no estoy de acuerdo. Carlos es la mejor persona que conozco. No es ningún irresponsable, lo que pasa es que... —comenzó a decir Samuel para defender a su amigo.

—Seguro que le habrá sentado mal que lo hayas invitado a la boda —intervino Mar—. Después de vuestra historia...

—¿Pero cómo no lo iba a invitar? ¡Si lo he hecho con todos! ¿Él también es amigo, no? Forma parte del grupo —exclamó Abril.

—Ya, pero va a ser una situación bastante incómoda —rebatió Mar.

—Pues no —soltó Abril molesta—. No lo va a ser porque me ha dicho que no vendrá a la boda. Y es lo mejor. ¿Sabéis que el idiota de él ha ido a mi casa para hablar con mis padres? ¡Les ha dicho que cómo me dejan casarme! ¿Os lo podéis creer? —La exaltación de Abril crecía por momentos.

Samuel y Mar se miraron unos segundos aguantándose la risa.

—Bueno, dejemos el tema de Carlos porque veo que te estás alterando mucho, Abril —comentó Mar.

—A mí lo único que me altera es la primavera —se defendió ella para que no vieran la manera en que le afectaba la relación con su exnovio—. Ya sabéis lo que dicen, que la sangre...

—Sí, sí —la cortó Samuel—. Venga, vámonos que ya están todos aquí fuera.

8

Dos horas después estaban en el *pub* que había propuesto Mar, bailando y cantando mientras tomaban unos chupitos.

Abril se lo estaba pasando bomba rodeada de sus amigos, pero comenzaba a sentirse algo mareada, por lo que le dijo a Mar que la acompañara fuera a tomar un poco el aire.

—Espera. —Su amiga la detuvo—. Nos tomamos otro chupito y salimos.

—Yo no quiero beber más. Ya me he tomado cuatro, junto con el vino de la cena. Sabes que el alcohol se me sube enseguida a la cabeza. No estoy acostumbrada —contestó Abril con las mejillas sonrojadas por la ingesta y el calor del *pub*.

—Venga, es de mala educación dejar beber sola a una amiga. Y más si es tu mejor amiga. —Mar hizo un puchero para convencerla. Tenía que emborrachar a Abril, como le había dicho Samuel que hiciera, si no, Carlos no podría llevársela como tenía planeado.

Abril asintió con la cabeza, aunque se dio cuenta de que no debía haberla movido. El mareo había aumentado. Intentó centrar la vista en la barra del *pub* y notó los ojos cargados. Se agarró al brazo de Mar para que la guiara, como un perro lazarillo.

—Verás mañana —le dijo Mar de camino al mostrador—. Tu despedida va a ser apoteósica. Nunca la vas a olvidar.

Abril no contestó. Todos sus esfuerzos se focalizaban en dar un paso tras otro sin acabar en el suelo. Se apoyó contra la barra al llegar, deseando tomarse rápido ese chupito y salir de allí para que el aire de la noche primaveral la despejara.

Samuel se acercó a ellas.

—¿Cómo van mis chicas? —preguntó agarrando a Mar de la cintura y dándole un beso de esos que quitan hasta el hipo—. Lo estás haciendo muy bien, cariño.

Abril no supo a qué se refería su amigo con esa frase que le había dicho a Mar, pero tampoco le importó mucho. Lo único que quería era salir a la calle y cuando se le pasara el malestar, coger el Metro para volver a su casa.

—Oye, Mar, he decidido no tomarme ese chupito. Estoy fatal, de verdad. No puedo más. Necesito salir y que me dé el aire fresco. Como Samuel está aquí, ya no te quedas sola para beber.

Se giró antes de que su amiga pudiese detenerla y chocó contra un muro duro como el granito, que resultó ser el pecho de un hombre cubierto por una cazadora de cuero negra. Olía tremendamente bien. A bosque y tierra mojada, como el olor que deja la lluvia tras caer en el parque del Retiro en primavera.

Cuando iba a levantar la vista para verle la cara al susodicho, sus piernas flaquearon y la otra persona, al ver que iba a desplomarse en el suelo, la cogió por las caderas y se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas.

Abril se quejó débilmente. Pataleó un par de segundos y logró dar un puñetazo en los riñones al hombre, pero estaba tan borracha que no supo si había acertado ni la fuerza con la que le había dado. Con poca, seguro. Porque no estaba ella en condiciones de defenderse mucho.

Mientras el hombre caminaba con ella al hombro, la visión de Abril se fue oscureciendo cada vez más hasta que cerró los ojos vencida por el sopor que le había provocado el alcohol.

9

Abril se despertó desorientada y con un dolor de cabeza terrible. Notaba el corazón latiendo en las sienes como si fuera un martillo percutor. Intentó abrir los ojos, pero la claridad del día la cegó e hizo que el dolor aumentase. Se tapó con un brazo y ahogó un gemido. Tenía el estómago revuelto y se llevó la mano libre allí, acariciándose suavemente para ahuyentar las ganas de vomitar.

«Dios, te prometo que nunca más volveré a beber alcohol, pero, por favor, haz que se acabe esta tortura ya», rezó sin muchas esperanzas de que el Todopoderoso la escuchara.

Poco a poco fue retirando el brazo con el que se cubría los ojos y entreabrió los párpados mirando a su alrededor. No reconoció la habitación en la que se encontraba. Ni la cama. Ni las sábanas que olían... a bosque y tierra mojada. ¿Dónde narices estaba?

Lo último que recordaba era el *pub*. Sus amigos bailando y cantando todos juntos. Bebiendo chupitos con Mar. Samuel se acercó a ellas en la barra y luego todo se volvía confuso.

Intentó levantarse, pero se tuvo que volver a echar, pues la cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos y con un suspiro profundo se dijo que pasaría unos minutos más acostada.

Su estómago volvió a darle un toque de atención. Otra vez se palpó con las manos y entonces comprobó horrorizada que no llevaba puesta la camiseta. Sus dedos volaron hacia abajo. Tampoco había pantalones. ¿Cómo se había desnudado? No lo recordaba. Siguió tocándose. Las braguitas estaban en su sitio, pero el sujetador...

El pánico se apoderó de ella. Estaba en un lugar desconocido, desnuda y supuso que con alguien que no sabía quién era ni por qué la había llevado allí. ¿Habrían abusado de ella mientras estaba inconsciente?

Escuchó el ruido del agua cayendo al otro lado de la puerta. Seguramente sería el baño y quien la había llevado a esa habitación estaría aseándose.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó de la cama para buscar su ropa y largarse cuanto antes. Al incorporarse, su estómago le recordó la penosa situación en la que se hallaba tras la ingesta de alcohol de la noche anterior.

Con una mano tapándose la boca y la otra sujetándose la barriga, como si esta fuera a marcharse sin ella, corrió hasta la puerta cerrada y la abrió con tal ímpetu que dio contra la pared, sonando ruidosamente.

Se agachó frente al inodoro y vomitó hasta la papilla que le daba su madre de pequeña.

El agua de la ducha paró. Oyó cómo alguien corría la mampara y sintió unas gotas cayendo sobre ella.

La persona que estaba allí le recogió el pelo con las manos en una coleta mientras ella vomitaba.

Cuando terminó su angustia, buscó a tientas algo para limpiarse la boca y se encontró con una mano masculina, grande y fuerte, que le tendía la esquina de una toalla. La cogió y se limpió los labios, notando todavía el desagradable sabor del vómito en el paladar.

—Gracias —le dijo a quien la había ayudado.

—Sabes que el alcohol no te sienta bien. No entiendo por qué bebiste anoche.

Abril dio un respingo al escuchar aquella voz, de sobra conocida, y se giró para comprobar que sus temores eran ciertos.

Carlos la contemplaba con una sonrisa de suficiencia en la boca. Sonrisa que a Abril le dieron ganas de borrarle de un tortazo.

Él recorrió con ojos hambrientos el cuerpo casi desnudo de Abril, acurrucada entre la ducha y el inodoro, y ella sintió aquellos ojos como lenguas de fuego que lamían su piel. Recordó que estaba con el pecho descubierto y con rapidez se tapó con los brazos.

La sonrisa de Carlos se amplió.

—Te he visto desnuda muchas veces, así que no hace falta que te tapes. Además, sabes que me encanta mirarte cuando estás así. No hay imagen más erótica ni más bella que tú en estado natural.

Abril se indignó más todavía al oírlo, mientras sus ojos recorrían las gotas de agua que surcaban los musculados pectorales de Carlos, se deslizaban por su trabajado vientre y caían en el vértice de sus piernas, donde él no había tenido ningún pudor por taparse. Carlos se mostraba ante ella gloriosamente desnudo y orgulloso de su virilidad.

—¿Me desnudaste tú anoche? —quiso saber ella.

—Claro. Aquí no había nadie más, y tú no estabas en condiciones de hacerlo.

—Haz el favor de taparte. —Abril desvió la mirada del magnífico cuerpo de Carlos y le tendió la toalla que él antes le había dado para limpiarse los labios.

La rabia comenzaba a apoderarse de ella, haciendo que la resaca fuese volviéndose pequeña.

—Prefiero secarme al aire. Además, he encendido el fuego en la chimenea y la casa ya se ha calentado lo suficiente para ir desnudo. Antes no te molestaba que pasease así delante de ti. Es más, me incitabas a hacerlo.

—Quiero irme a mi casa. —Abril se levantó, todavía cubriéndose el pecho con un brazo y salió del cuarto de baño.

Carlos se detuvo en el umbral, apoyándose contra el marco, con las manos en las caderas y mojando el suelo con las minúsculas gotas que aún resbalaban por su piel.

—¿Dónde está mi ropa? —quiso saber Abril al no verla por allí.

Repasó la habitación comprobando que los muebles eran de madera clara igual que el suelo y las paredes. Había una ventana con cortinas blancas. La cama en el centro con las sábanas revueltas.

—Oh, Dios mío, ¿no habremos...? ¿Qué pasó anoche? Tú y yo no habremos hecho algo... de lo que me pueda arrepentir.

—¿No recuerdas lo que ocurrió anoche entre nosotros? —preguntó Carlos fingiéndose ofendido—. ¿No recuerdas los jadeos, las caricias, los besos? Por favor, Abril, fue una noche memorable. Una de las mejores de toda mi vida. Me porté como un verdadero semental y tú no es que te quedases corta precisamente. ¿Y ahora me dices que no recuerdas nada? Me estás rompiendo el corazón, que lo sepas.

—Tú no tienes de eso. ¿Dónde está mi ropa? —repitió jurándose a sí misma que jamás volvería a beber nada de alcohol. Por culpa de eso se había ido a la cama con Carlos y ¡le había sido infiel a su futuro marido! Quería morir.

—Tú ropa está lavándose. En el viaje te vomitaste encima. Menos mal que nada salpicó el interior de mi todoterreno, que si no...

—¿En el viaje? ¿Qué viaje? ¿Dónde estamos, Carlos? —quiso saber sintiendo como la desesperación y la culpa se apoderaban de ella.

—¿Recuerdas que siempre quise tener una casita en la sierra? —Se despegó del marco de la puerta y caminó hacia Abril con deliberada lentitud, exudando sensualidad por cada poro de su piel desnuda. A ella se le cortó la respiración al ver el provocativo acercamiento de ese hombre que era la masculinidad en persona—. Pues aquí es donde estamos, cielo.

Abril se sentó sobre la cama, todavía cubriéndose el pecho con los brazos, y gimió. No supo si por la desesperación que le causaba aquella situación o por el deseo que nacía en ella con fuerza al ver el cuerpo desnudo de Carlos y saber todos los placeres que él podría proporcionarle. Agarró la manta y se tapó con ella desde las rodillas hasta el cuello.

—Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? —dijo casi a punto de llorar por el cúmulo de sentimientos que luchaban en su interior—. No he debido acostarme contigo. Otra vez no, Carlos. Ha sido un error. Un maldito error. Quiero irme a mi casa, por favor. Llévame a mi casa.

—Tendrás que esperar a tener tu ropa limpia y seca, ¿no? —dijo él notando cómo su corazón se lamentaba al verla a ella con las lágrimas en los ojos. Pero no iba a dar su brazo a torcer. Era su última oportunidad de recuperarla y aunque le dolía en el alma verla sollozar, debía retenerla allí con él.

—Dame un chándal tuyo aunque me quede grande, por favor. Mi ropa ya me la devolverás —suplicó Abril.

Carlos le acarició con infinita ternura el pelo enmarañado. Con los pulgares, le limpió las primeras lágrimas que habían salido de sus ojos y se inclinó sobre ella, tanto que sus narices casi se rozaban.

—No puedo. Tienes que estar aquí conmigo hasta que pase todo. Hasta que recapacites y entres en razón.

Abril lo miró sin comprender.

—Voy a hacer todo lo posible para impedir tu boda —continuó él—. No puedo dejar que te cases con ese catalán porque yo soy tu hombre perfecto. No puedes estar con otro que no sea yo.

Ella abrió tanto la boca que casi se le desencajó la mandíbula.

—¿Para eso me has traído aquí? ¿A tu cabaña de la sierra? ¡Me estás secuestrando! —lo acusó separándose de él de golpe. Lo empujó para quitarlo de en medio y se levantó de la cama, dejando la manta caída en el suelo. Corrió hacia la otra puerta de la habitación y salió a un pequeño salón donde un fuego crepitaba en la chimenea. De una silla de madera cogió una vieja camisa de cuadros rojos y negros y se la puso con rapidez para cubrir su cuerpo desnudo. Inmediatamente, el olor a bosque y tierra húmeda que desprendía la prenda la envolvió, abrazándola y atontándola.

Localizó la puerta de la vivienda y fue hasta ella para abrirla.

Pero se llevó la sorpresa de que estaba cerrada con llave.

Se volvió buscando las llaves y se topó con el cuerpo desnudo de Carlos.

—No lo intentes, Abril. No vas a conseguirlo. Estamos en mitad de la montaña. El pueblo más cercano queda a diez kilómetros. Y en tu estado, medio desnuda y descalza... Además, nunca te has orientado bien en los sitios y te pierdes con facilidad.

«El muy cabrón sabe demasiado bien cuáles son mis puntos débiles», pensó ella con rabia.

—¡Estás loco! —le gritó.

—No he estado más cuerdo en toda mi vida. Ahora sé justo lo que quiero. —La agarró de los brazos y la estampó contra la puerta—. Voy a luchar por tí, Abril. Voy a hacerlo como debí haberlo hecho en el pasado. Esta vez no te voy a dejar escapar.

—¿Por qué me haces esto, Carlos? Me he pasado toda la vida enamorada de ti y tú te has dedicado a cogerme y soltarme a tu conveniencia. Ahora que decido unirme a un hombre que me hace feliz, ahora que por fin estoy dispuesta a dejar atrás el pasado y comenzar una vida nueva, vienes tú a fastidiarlo todo —le recriminó ella, recordando todas las veces en los años que hacía que lo conocía que había hecho esto. Primero, cuando con quince años la dejó de la noche a la mañana tras dos meses saliendo juntos. Después, cuando volvieron a estar juntos como pareja y al año y medio, él le pidió tiempo para pensar hacia dónde iba su relación y la volvió a dejar. Resultó que ese tiempo lo quería para irse con otras. Más tarde, cuatro años antes, cuando ella apareció en Madrid para presentarles a Andreu a todos. Carlos intentó seducirla en las propias narices de su novio, tan descarado era él, pero Abril no se dejó arrastrar por su juego.

—Te quiero, Abril —la cortó él.

—¿Qué me quieres? —Abril se rio con amargura—. A buenas horas te das cuenta.

—Dicen que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Pero yo todavía no te he perdido. Aún no es tarde.

—Ya es tarde para nosotros.

—No. Me niego a pensar eso y a que tú lo pienses también. Puedo demostrarte que no es nada tarde para intentarlo de nuevo.

—Por favor, Carlos. No me hagas más daño —suplicó Abril.

El fuerte cuerpo de Carlos la aprisionaba contra la puerta, inmovilizándola. Saber que él estaba completamente desnudo y que solo una tela de camisa la separaba de tocar esa piel tantas veces añorada, estaban volviendo loca a Abril.

—No pretendo hacerte daño. Al contrario, me he prometido firmemente que te voy a hacer muy feliz —dijo él tan cerca de la boca de ella que su aliento la hizo cosquillas en los labios.

Una lujuriosa sensación de hambre sexual invadió las venas de Carlos, pero se dijo que aún no era el momento. No quería forzar a Abril, bastante al límite la estaba llevando ya, así que con un gran esfuerzo se distanció de ella y dio unos pasos hacia atrás.

—¿Reteniéndome aquí en contra de mi voluntad? ¿Así es como vas a hacerme feliz?

Él dio media vuelta sin contestar. Caminó hasta la habitación, mientras Abril se deleitaba con el espectáculo de su firme trasero desnudo. Al darse cuenta de que se había quedado embobada mirándolo, se dio de tortas mentalmente. Subió sus ojos por la espalda masculina y comprobó que tenía un tatuaje tribal que le cubría todo el omoplato derecho. Debía de habérselo hecho en los últimos años, pues la última vez que ella lo vio desnudo, aquella tinta negra no estaba allí.

—Por cierto —comentó Carlos al llegar al umbral de la puerta—. Anoche no pasó nada. ¿No ves que aún conservas las braguitas puestas? Si lo hubiéramos hecho, te aseguro que no las llevarías. Además, la necrofilia no me va, así que puedes quedarte tranquila. Me gusta que una mujer esté consciente cuando le hago el amor. Me gusta escuchar sus jadeos, que disfrute de mi cuerpo y yo del suyo, consumirnos de placer con nuestros juegos. No he cambiado tanto en estos años. ¿O ya no recuerdas cómo era estar en la cama conmigo? ¿Ya has olvidado lo buenos que éramos juntos? Puro fuego entre las sábanas.

10

Abril salió de la ducha y se envolvió con una mullida toalla. Mientras el agua caliente caía sobre ella, decidió que lo mejor era no perder los nervios y tratar de razonar con Carlos. Aquello era una locura y no podía dejarse arrastrar por la situación.

No encontró sus braguitas por ningún lado. Supuso que Carlos las habría cogido para lavarlas, así que se puso la misma camisa de cuadros, que olía a él, y se vio embargada por las sensaciones que le produjo. Los recuerdos acudieron a su mente. Otra vez tenía veinte años y se encontraba en los brazos de Carlos. Con él perdió su virginidad una tarde a principios de junio en la que sus padres habían salido a pasar el día con unos amigos en Segovia y ella se quedó en casa estudiando para los exámenes de la facultad.

Carlos se presentó de improviso en casa. Sabía que ella iba a estar sola porque Abril se lo había comentado el día antes. Nada más abrir la puerta, comenzó a besarla y sin darle tiempo a reaccionar, la cogió en brazos como una novia recién casada y la llevó a su habitación. Poco a poco fueron desnudándose sobre la cama. Las caricias en su piel los hacían arder y sentían la necesidad de llegar más lejos. Llevaban varios meses juntos, pero todavía no habían hecho el amor, aunque los dos lo deseaban con ganas. Habían decidido que cuando ella terminase los exámenes y él finalizara las pruebas para ingresar en el Ejército, se irían de viaje solos. Entonces tendrían la oportunidad de conocerse a un nivel más profundo.

Pero al saber que su chica estaba sola en casa esa tarde de sábado... no pudo esperar más. Llevaba demasiado tiempo queriendo acostarse con Abril y descubrirla para él. Carlos ya conocía las mieles del placer y del deseo, y quería que su chica se iniciara en esas lides para poder disfrutar más de su relación con ella.

Fue un momento muy emotivo y tierno. Carlos se encargó de hacer que Abril se sintiera segura, confiada y excitada en todo momento.

Recorrió todo el cuerpo de su novia con ardientes besos, estimulando cada una de las células que lo componían, alterando todas sus terminaciones nerviosas. Las caricias fueron tornándose más atrevidas y exigentes. Cuando llegó con su boca y sus manos hasta los rizos púbicos de Abril, le separó los pliegues íntimos con los pulgares. Con lentas pasadas de su lengua, lamió aquel delicioso lugar oculto y secreto que se había estado reservando solo para él. Carlos no pudo dejar de adorar con su boca y sus dedos aquella magia que Abril tenía entre las piernas. Era tan caliente y su sabor tan adictivo, que él creyó que moriría de placer sintiéndola en los labios y en las yemas.

Cuando logró que ella alcanzase el orgasmo, cogió un preservativo y se lo colocó en su duro miembro, protegiéndose los dos con este acto.

Poco a poco fue penetrándola, sin dejar de besarla ni decirle lo mucho que la quería, hasta que notó la barrera que su cuerpo tenía. Se detuvo un instante porque ella había gemido de dolor y cuando comprobó que Abril volvía a respirar con normalidad, la embistió de una vez y con la fuerza de un toro. Ella gritó y él posó su boca sobre la de Abril para beberse el grito. De nuevo, Carlos se quedó muy quieto hasta que su chica dejó de sentir el punzante dolor. Despacio, comenzó a moverse dentro de ella otra vez y cuando estuvo seguro de que Abril ya no tenía

ningún malestar; la llevó hasta el límite del placer y la locura. Culminaron los dos juntos y quedaron sobre la cama, jadeantes y abrazados.

—Ahora sí que vas a tener que casarte conmigo —susurró ella.

Carlos se rio.

—Por favor, cielo, estamos en el siglo XXI. Ya no es necesario casarse con el hombre que ha mancillado tu honor.

Abril no contestó. Sabía que tarde o temprano lo convencería. Solo tenía que esperar un poco más. Hasta que ella terminase sus estudios de Arquitectura y encontrase un trabajo.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber Carlos. Se incorporó un poco en la cama y observó el cuerpo desnudo de su chica. Notó que comenzaba a ponerse duro su miembro otra vez y se obligó a calmarse.

—Un poco dolorida, pero bien. —Abril se miró la unión entre las piernas y descubrió pequeñas gotas de sangre en la sábana—. Voy a tener que cambiar la ropa de cama antes de que vengan mis padres y lavarla. Menos mal que hace calor y en un momento se secarán. —Lo miró y vio su excitación—. Aunque antes de hacerlo, quizá podría ayudarte a bajar esa erección que tienes ahí.

—Si te encuentras bien, por mí estupendo. Estoy deseando repetir.

Y como ella le dijo que sí, volvieron a amarse en aquella primaveral tarde. Después vinieron muchas más. Ella aprendió pronto cómo satisfacerle y Carlos la premiaba dándole un placer que Abril jamás creyó que pudiera sentir.

La felicidad les duró un año y medio.

Abril sacudió la cabeza para alejar los recuerdos que tanto le dolían. Salió de la habitación y se encontró con el hombre de sus fantasías más oscuras avivando el fuego de la chimenea. Sus ojos recorrieron las líneas de tinta negra de su espalda y cada uno de los fibrosos músculos que la componían. Carlos únicamente llevaba puesto un pantalón de chándal gris e iba descalzo.

—¿Cuándo podré tener mi ropa lista? —le preguntó. «Sobre todo, mis bragas», pensó sintiéndose tremendamente vulnerable sin lencería.

—Acabo de meterla en la secadora. —Él se giró para mirarla—. Mi camisa te queda muy bien, aunque estás mucho mejor sin ella. —Le sonrió de una manera pícaro y Abril bufó—. Ven, acércate al fuego para que se te seque el cabello. No me gustaría que enfermaras.

Ella no se movió ni un milímetro de su posición. Carlos comprendió que no iba a obedecerle.

—¿Y mi bolso? ¿Y mis zapatos?

—En el coche. Cuando te saqué de él anoche, lo dejé allí porque no lo vas a necesitar.

«Así que hemos venido en coche. Por eso se largó al salir del restaurante. Para cambiar la moto por el auto. Lo tenía todo preparado el muy cabrón. Y seguro que Samuel y Mar están involucrados. Por eso Sam le dijo a Mar que lo estaba haciendo muy bien. Mi amiga me emborrachó a propósito», se dijo Abril, sintiendo la traición de sus amigos como una puñalada en el corazón.

—Tengo que llamar por teléfono. Y no puedo ir descalza todo el tiempo. Por cierto, ¿cuánto vamos a estar aquí?

Carlos se levantó de delante de la chimenea donde había permanecido acucillado y señaló la mesa que había a espaldas de Abril.

—Te he preparado algo para desayunar

Abril se volvió y vio una taza con una infusión caliente acompañada de un plato con dos tostadas.

—No tengo hambre.

—Después de dos vomitonas, ¿no tienes hambre? —preguntó él escéptico—. Llevas con el estómago vacío varias horas y... —La miró de arriba abajo apreciativamente—. ... Estás más delgada que la última vez que te vi. Deberías alimentarte mejor. Además, la infusión te vendrá bien para el estómago.

—Estoy más delgada por los nervios de la boda. Cuando todo pase, cogeré los kilos que he perdido.

Carlos caminó hacia ella con lentitud. Abril retrocedió al ver su acercamiento hasta chocar contra la mesa.

—No te vas a casar con el catalán —dijo inclinándose sobre Abril. A ella la respiración se le alteró de tal forma al tenerlo tan cerca, que creyó que le daría un síncope—. Ahora siéntate y come.

Se distanció de ella y Abril echó de menos inmediatamente el calor que desprendía su cuerpo y las cosquillas que le había hecho en los labios su aliento.

—Voy a bajar al pueblo a comprar algunas cosas —le informó dándose la vuelta. Cogió la sudadera y se la puso—. ¿Necesitas algo en especial?

—Necesito irme a mi casa —insistió ella cabezota— o llamar para que vengan a buscarme.

—Volveré en una hora —contestó él ignorando su comentario—. Puedes salir al porche si te apetece. —Carlos se puso los calcetines y unas botas de montaña—. Tengo más calcetines en la mesita, al lado de la cama. Ponte unos si quieres. Pero calzado para ti, no hay. Lo siento. No podrás ir muy lejos en tu estado. —Le sonrió como el gato que se ha comido al canario y a Abril le dieron ganas de gritarle y pegarle. Pero se había prometido no perder los nervios, así que se aguantó.

—Dame mi bolso antes de irte y mis zapatos, por favor —le pidió.

—Con esos taconazos que llevabas anoche no vas a poder andar por aquí.

—Eso lo decidiré yo. —Abril se cruzó de brazos retándolo.

Carlos salió de la cabaña y se acercó a su todoterreno. Cogió lo que Abril le había pedido y volvió a entrar para dárselo.

—Tienes el móvil sin batería —le informó él—, y el mío es de distinta marca, así que no te puedo dejar mi cargador. Aunque si fueran iguales tampoco te lo iba a prestar.

—¿Has hurgado en mi bolso? —preguntó ella ceñuda.

—Claro. Tenía que asegurarme de que no podías avisar a nadie para que viniesen a rescatarte.

Abril lo miró deseando que se abriera un agujero bajo los pies de Carlos y la tierra se lo tragase.

—Por cierto, puedes ponerte un calzoncillo mío, si quieres. Tus braguitas las he lavado mientras te duchabas.

Abril sintió cómo el sonrojo le teñía la cara y llegaba a las raíces de su pelo. ¡Por Dios! ¡Qué hombre más prepotente, irritante, capullo y... y...!

—¡Vete de una vez! —gritó indignada. Lo de no perder los nervios iba a ser un duro trabajo

para ella.

11

De camino al pueblo, Carlos iba pensando lo difícil que le resultaba tener a Abril tan cerca y no poder tocarla como a él le gustaría. Su fuerza de voluntad mermaba en presencia de esa diosa de la belleza y el erotismo. Solo tenía ganas de echársela al hombro, llevarla a la cama y hacerle el amor hasta que el mundo se acabase.

Cuando ella se había metido en la ducha y él había entrado en la habitación para coger sus braguitas y lavarlas, había tenido que reprimir el ansia de echar un vistazo a ese cuerpo desnudo sobre el que caían las gotas de agua caliente. Sabía que no debía hacerlo, o todo se pondría peor entre ellos.

Igual que cuando la desnudó la noche anterior al llegar a la cabaña. Había admirado su belleza durante unos minutos antes de tapanla con la manta. Los dedos le hormigueaban por el anhelo de acariciarla, pero se obligó a no deslizar las manos por esa suave piel que lo tentaba.

No pegó ojo en toda la noche. Tenerla al lado y no poder hacerle el amor... era demasiado para su cordura mental.

¿Cómo era posible que hubiese sobrevivido tantos años sin ella? ¿Por qué en lugar de retenerla a su lado se dedicó a perderla? Porque eso era lo que había estado haciendo.

Las cosas entre ellos iban bien. Tuvieron un año y medio de felicidad absoluta. Todos los amigos los envidiaban porque eran la pareja perfecta y todo marchaba a las mil maravillas. Tenían planes de futuro... pero eran distintos.

Los de Abril pasaban por terminar la carrera de Arquitectura, encontrar trabajo, comprarse un piso y casarse con el hombre de sus sueños, es decir, con Carlos.

Los de Carlos eran ascender en su carrera militar y pasar el resto de su vida cumpliendo misiones en los distintos países que estuvieran en conflicto.

Quería mucho a Abril, pero no estaba seguro de si ella era la chica de su vida. Y cada vez que Abril sacaba el tema de la boda, a Carlos se le ponían los pelos como escarpías. Él nunca había querido casarse y Abril parecía empeñada en cazarlo. ¡Si acababa de cumplir veintidós años, por el amor de Dios!

Eran demasiado jóvenes. Carlos necesitaba más tiempo para saber qué le deparaba la vida y con quién iba a vivirla. Si sería con Abril o no, solo el tiempo lo diría.

Así que cuando ella le dijo que estaba dudando entre irse a Barcelona para cursar su último año de carrera allí y aprender de un prestigioso profesor al que Abril admiraba, o quedarse en Madrid a su lado y terminar sus estudios cerca de él, Carlos la alentó a marcharse.

—Va a ser difícil mantener una relación a distancia, pero lo superaremos —dijo él para terminar de convencerla y que se fuera tranquila a Barcelona.

—Te voy a echar muchísimo de menos, Carlos. Te quiero —sollozó Abril el día de la despedida.

—Verás como el tiempo pasa rápido y cuando nos queramos dar cuenta estamos otra vez juntos.

Abril asintió mientras él le enjugaba las lágrimas. Le dolía verla así. Pero también sentía una sensación de libertad que lo empujaba a seguir adelante.

«¡Maldita sea! ¿Por qué no me di cuenta entonces de mi error? ¿Por qué no la retuve a mi lado? Si yo no la hubiera dejado marchar, Abril no habría conocido al catalán y ese hombre no estaría ahora ocupando mi lugar en su vida», refunfuñó Carlos interiormente mientras entraba en el pueblo para comprar los víveres que necesitaban para su encierro.

12

«¡Qué horror! Me he quedado sin batería». Abril miraba su móvil con pesar. No iba a poder llamar a nadie para que fuera a rescatarla de su cautiverio.

Cuando Carlos volviese del pueblo, debería convencerlo para que la dejase usar el suyo. Su familia estaría preocupada por ella y Andreu... ¡Dios mío! ¡Andreu! ¿Qué iba a pensar él cuando supiera lo ocurrido?

«Será mejor no decirle nada, pero tendré que inventar algo creíble para excusarme por no contestar al teléfono», se dijo a sí misma, pensando en todas las veces que su novio la llamaría sin obtener respuesta.

Cogió una manta y se la echó por encima de los hombros. Previamente había cubierto sus pies con unos gruesos calcetines de lana. Carlos tenía razón. Sus taconazos eran inservibles allí.

Salió al porche y se quedó maravillada ante la visión del hermoso campo lleno de flores rosas, lilas y amarillas que nacían entre la hierba alta. El olor de la lavanda y el romero se metió por sus fosas nasales al aspirar una bocanada de aire puro y fresco. La montaña, al fondo, aún conservaba el pico cubierto por una pequeña capa de nieve. El sol conseguiría derretirla en pocos días, pensó Abril, pero hasta que eso sucediera, se deleitaría con la panorámica que tenía frente a ella. La primavera se sentía allí con más fuerza que en la ciudad y Abril se alegró de poder contemplar algo tan bonito. Era un como estar en el paraíso.

Sintiéndose una privilegiada por tener ese rincón para ella sola, se sentó en una mecedora de madera y se arrebujó en la manta, colocando los pies bajo su trasero.

Deseó poder pasear cada día por ese campo, entre las flores. Acariciar sus pétalos suaves, ver el rocío en ellos por la mañana y la puesta de sol al atardecer. Contemplar a las mariposas revoloteando libres. Allí reinaba la tranquilidad y la paz. No le extrañaba que Carlos se refugiase en ese lugar cuando volvía de sus misiones. Él necesitaba conectar de nuevo con la naturaleza después del horror vivido en los países en conflicto. Aquel paraíso era el descanso del guerrero.

«Ojalá tuviera un calzado adecuado para caminar entre la hierba y recoger algunas flores para decorar la casa», deseó, pensando en qué lugares del interior de la vivienda las pondría.

Embobada con el vuelo de una mariposa cercana, no se dio cuenta de que Carlos llegó hasta que lo tuvo al lado y comenzó a hablarle.

—¿Te gusta lo que ves?

Abril parpadeó para salir de su ensoñación y lo miró sonriente.

—Sí.

—A mí también —dijo él clavando sus iris oscuros en ella. La forma en que la miró le dejó claro a Abril que Carlos no se refería al campo.

—Esto es precioso. Debes de sentirte muy afortunado por tener un lugar así para ti solo —comentó ella sintiendo un cosquilleo en el estómago y notando cómo todo su vello corporal se erizaba. Cuando Carlos la miraba así, despertaba en ella un fuego capaz de consumirla.

—Me sentiría más afortunado si pudiera compartirlo contigo cada día de mi vida.

Abril se sonrojó de nuevo. Desvió la mirada y, nerviosa, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No has debido decir eso.

—¿Por qué? Es la verdad.

Ella prefirió cambiar de tema.

—¿Qué has comprado en el pueblo? Por cierto, ¿qué pueblo es? ¿En qué parte de la sierra madrileña estamos?

Pero él no quiso dejarlo correr.

—Abril, te he traído aquí con la firme intención de recuperarte. Quiero que volvamos a estar juntos. Como antes. ¿Recuerdas lo felices que fuimos? Podemos volver a serlo.

Ella lo miró fijamente antes de atacarlo.

—¿Fuimos felices? ¿Entonces por qué me dejaste? ¿Por qué a los dos meses de irme a estudiar a Barcelona me llamaste una noche diciéndome que necesitabas tiempo para pensar sobre lo nuestro? ¿Por qué cuando volví aquellas Navidades ya estabas con otra chica? Me olvidaste muy pronto, Carlos, señal de que nunca me quisiste lo suficiente. ¿Sabes cuánto tiempo me costó olvidarte? —preguntó Abril, y sin darle tiempo a reaccionar, contestó—. ¡Tres años! Tres malditos y largos años en los que no salí con ningún chico. Tres años en los que cada vez que volvía a Madrid rezaba porque tú estuvieras sin pareja y pudiésemos intentarlo de nuevo. Pero no. Cada vez que yo venía, salías con una chica distinta o simplemente no estabas porque te habías ido de misión a algún país en conflicto. Gracias a Dios que conocí a Andreu y con él pude por fin olvidarte. ¿Y ahora quieres que lo intentemos de nuevo? —Se rio amargamente—. Pues lo siento mucho, pero llegas tarde. Muy tarde.

—No me has olvidado, Abril. Lo sé —rebatía él.

—Sí, claro, tú es que eres muy listo —comentó ella sarcástica. Se levantó de la mecedora y entró en la casa, seguida por Carlos.

—No me has olvidado —repitió él—. ¿Y sabes cómo es que estoy tan seguro? —Ella caminó hasta el sillón que había frente a la chimenea, dejando la manta en el respaldo, y se sentó cruzando las piernas, incómoda. Seguía sin llevar ropa interior y se sentía expuesta y vulnerable—. Porque sigues poniéndote nerviosa cuando me tienes cerca. Porque me buscas con la mirada igual que hacías anoche en el bar. Porque tiembles cuando me acerco a ti. —Se arrodilló frente a Abril y con los dedos la cogió de la barbilla para que lo mirase—. Porque aún puedo leer el deseo en tus ojos. Porque te excita esta situación.

—¿Qué me excita estar secuestrada? Estás más loco de lo que creía —dijo ella y con un movimiento de cabeza se libró del agarre de Carlos.

—No. Lo que te excita es saber que debajo de la camisa no llevas nada y yo lo sé. Lo que te excita es saber que podría arrancártela y hacerte el amor aquí mismo, frente al fuego.

Abril cerró los ojos. Carlos leía en ella como en un libro abierto. A pesar de que le había dicho que Andreu consiguió que ella lo olvidase, no era cierto. Todavía no le había sacado de su corazón ni de su mente. Su cuerpo aún reclamaba las atenciones de Carlos. Y el muy capullo lo sabía.

—Fui un imbécil —continuó Carlos—. No debí dejarte marchar. Pero tú estabas tan segura de lo que querías en la vida, de que querías estar conmigo para siempre, y yo no sabía aún lo que deseaba hacer con mis días. Me asusté. Tuve miedo y preferí echarte de mi vida, que arriesgarme contigo a vivir todos los planes que tú tenías. Tuve miedo de saber que tú podrías tener razón y que estábamos hechos el uno para el otro. Te perdí porque no supe cómo enfrentarme a mis

demonios. Y cuando me di cuenta, me avergonzaba pedirte una oportunidad. Empecé a buscarte a ti en otras mujeres, solo para darme cuenta de que eres única y especial y que jamás conseguiría encontrar a otra que se pareciera a ti. —La agarró de ambos brazos y los dos sintieron la corriente eléctrica que se creó entre ellos—. Cuando me armé de valor para pedirte de nuevo que fueras mi novia, te presentaste con el catalán en Madrid... aquella Semana Santa, diciéndonos lo felices que erais juntos. Te seguía en Facebook y comprobé que no mentías. Que realmente eras feliz con ese hombre. La rabia y los celos me cegaban cada vez que veía una foto tuya en brazos de él. Después, te pasaste cuatro años sin pisar Madrid y yo decidí que había llegado el momento de olvidarte. Pero hace dos días volviste para decirnos que te casabas con el catalán y sentí cómo mi corazón se descomponía totalmente. La desolación se apoderó de mí. Me desesperaba saber que te perdía sin remedio y supe que debía hacer algo. Era mi última oportunidad para recuperarte.

Abril lo miraba con lágrimas en los ojos por todo el dolor que ella había tenido que sufrir todos esos años por culpa del cobarde de Carlos.

—¿Esperas que me crea todo eso? —le preguntó.

—¡Es la verdad! —exclamó él. Se levantó del suelo y comenzó a pasear por la pequeña cabaña como un animal enjaulado.

—¿Y cómo sé que si vuelvo contigo, dentro de seis meses o un año, no te invadirá el pánico otra vez y me dejarás de nuevo?

Carlos volvió a ella rápidamente. La levantó del sillón y la abrazó con fuerza.

—Tendrás que confiar en mí. Te demostraré cada día que sigo aquí, a tu lado, que no me voy a ir otra vez. No te abandonaré de nuevo.

Abril deshizo el abrazo y caminó hasta la mesa. Se apoyó con la cadera en ella y lo miró, limpiándose las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¿Cómo te atreves —quiso saber con rabia— a volver a mí y darle vida a lo que ya estaba muerto? ¿Cómo te atreves a hacer resurgir de las cenizas nuestro amor? ¿Quién te has creído que eres para venir exigiendo derechos que perdiste hace mucho?

—Abril —dijo él con toda la calma que pudo—, estoy intentando convencerte de que me des otra oportunidad mientras el mundo se derrumba a mis pies, mientras me pregunto si sobreviviré si me dices que no.

—Voy a casarme con Andreu el 23 de mayo —afirmó con vehemencia ella.

—Si tengo que retenerte aquí para siempre, lo haré. Acabo de venir de una misión y tengo varios días de permiso, pero también puedo pedir una excedencia de meses o incluso años.

Carlos lo dijo con tal convicción que Abril supo que lo haría.

—¿Te has parado a pensar que si te denuncio podrías ir a la cárcel? Tu carrera militar se acabaría.

—Nadie apoyaría tu teoría. Todos nuestros amigos saben que estás aquí conmigo. Y tu familia también.

Abril dio un respingo al oírlo.

—¿Qué...?

—Y todos están de acuerdo en lo que estoy haciendo —continuó él—. Incluso tus padres me han dicho que no te libere hasta que no aceptes ser mi mujer.

Abril no podía creer lo que escuchaba de labios de Carlos. ¿Estaban todos implicados?

—Mis padres...

—He hablado con ellos esta mañana, antes de que te despertases, para explicarles dónde estabas y lo que sucedía —le contó Carlos—. Ellos siempre me vieron como el yerno perfecto. Al catalán lo soportan porque lo has elegido tú, pero tus padres me eligieron a mí hace tiempo. Solo estaban esperando que uno de los dos nos diésemos cuenta de que debíamos estar juntos y luchásemos para recuperar lo que una vez tuvimos.

El sentimiento de traición era cada vez mayor en el pecho de Abril. Todo el mundo estaba en contra de su boda con Andreu. Abril sabía que lo que Carlos le decía era verdad. Para sus padres él siempre fue su favorito, aunque respetaban la decisión de Abril de estar con Andreu. Claro, que sus padres nunca supieron la verdadera razón por la que se habían dejado tantas veces. Ella no tenía ese grado de confianza con ellos y cuando alguno de los dos le preguntaba qué había pasado con Carlos para que de nuevo se hubiera roto su relación, Abril simplemente contestaba un «cosas de pareja», sin entrar en detalles. Quizá si les hubiera dicho en su momento todo lo que había sufrido por ese maldito hombre, ahora sus padres no estarían deseando que se casara con él.

—Mis padres no saben el daño que me has hecho en el pasado. Eres consciente de que yo nunca les contaba nada de mi vida íntima y te has aprovechado de eso. Además, tú nunca has querido casarte —lo acusó—. ¡Pero si cada vez que yo sacaba el tema, te reías de mí o cambiabas la conversación!

—Ahora y contigo, sí quiero. Si no me crees, puedo ir al pueblo y traer al juez de paz para que nos case hoy mismo.

—Joder, estás más loco de lo que pensaba —murmuró Abril incrédula.

Carlos se acercó a ella despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Colocó las manos a ambos lados de la mesa donde Abril estaba apoyada e inclinó la cabeza para rozar con sus labios los de ella.

—Abril, tengo el alma destrozada. Rota. Solo tú puedes coserla. Dime que dejarás al catalán y te casarás conmigo. Dímelo.

13

¿Coser su alma rota? Maldita sea. Ella no era ninguna costurera para ir por ahí remendando el corazón de nadie cuando tenía el suyo propio desgarrado. Ni siquiera Andreu era capaz de sanar lo que Carlos hirió. Por mucho que su novio la abrazase con tantas ganas de juntar sus pedazos. No lo había conseguido. ¿Y Carlos iba por ahí diciendo que tenía el alma rota? ¡Ella sí que la tenía rota!

¿Cómo se atrevía Carlos a volver y convertir sus cenizas en fuego? Abril veía hoy sus mentiras desmoronarse. No era verdad que lo había olvidado. ¿Cómo olvidar al único hombre que le hacía sentirse viva? Porque, por muy bien que fuera su relación con Andreu, no era igual que cuando veía a Carlos. Cuando se encontraba con su exnovio, un deseo enloquecedor se apoderaba de ella y era capaz de arrancarle la ropa, suplicándole que la hiciera el amor allí donde estuvieran. Pero Abril había aprendido a contenerse con el paso de los años.

Y cuando comprobó la desesperación y el dolor en los ojos de Carlos, supo que este le decía la verdad. La amaba. Solo que ahora se había dado cuenta y había decidido luchar por ella. Ahora cuando todo estaba perdido. Cuando ella iba a casarse con otro hombre.

A veces, cuando una situación se forzaba y la persona implicada llegaba a su límite, era cuando conseguía reaccionar. Y eso era lo que le había pasado a Carlos.

Pero ¿y ella? ¿Podría volver a confiar de nuevo? No tenía garantías de que él no saliese huyendo cuando las cosas se pusieran serias entre los dos. Un militar acostumbrado a luchar en guerras, a ayudar a personas en peligro, y que luego escapaba de los sentimientos. ¡Qué ironía!

Aunque esta vez parecía que Carlos había madurado y ya no le asustaba enfrentarse a lo que sentía por ella. Parecía que estaba decidido a unir su vida para siempre a la de Abril.

Pero ahora la que tenía miedo era Abril. No llegaba a confiar del todo en las palabras de Carlos y no quería arriesgarse a perder a un hombre bueno como Andreu, por correr detrás de un sueño, de una utopía.

Andreu le daba seguridad, estabilidad y confianza. Tranquilidad.

Carlos era... Carlos. Imprevisible. Divertido, seductor, era la tentación hecha hombre. Era como un huracán que arrasa todo a su paso.

Además, perdonar después de tantos años y tanto dolor... no era fácil.

—Necesito salir a tomar el aire —dijo Abril para sacárselo de encima. La cercanía de Carlos, su cuerpo pegado al de ella, la ponía tremendamente nerviosa y Abril sentía desfallecer su fuerza de voluntad para resistirse a él.

Carlos se distanció, dejándola libre.

—Te he comprado un chándal y ropa interior. También unas zapatillas y útiles de aseo. Había mercadillo en el pueblo y he aprovechado —le explicó.

—Gracias.

—Iré al coche a por ello. —Se dio la vuelta y caminó hasta la puerta de la cabaña—. Aunque preferiría que siguieras solo con mi camisa y nada más.

Abril puso los ojos en blanco y una pequeña sonrisa nació en su cara. Así era Carlos. Tentador, picante, incitante. Tan pronto te decía cosas románticas como se pasaba al lado oscuro

del sexo. Y todo ello envuelto en un paquete sexi y atractivo. Era muy difícil resistirse a sus encantos, tanto verbales como físicos.

No quería comparar a Andreu con Carlos porque, definitivamente, Andreu saldría perdiendo. Además, no debería hacerlo. Andreu se había portado tan bien con ella siempre... Había sido tan paciente, esperando que Abril olvidase a Carlos para tener su oportunidad. Sin presiones. Sin coacciones. Se había ido metiendo en su vida poco a poco. Andreu era como el mar cuando está en calma.

Carlos era el mar embravecido.

Y a Abril le gustaba la tempestad.

¿Estaba loca? Seguramente sí. Pero la culpa la tenía Carlos, que la volvía loca con una mirada, con una caricia, con una palabra.

Sin embargo, por mucho que deseara sucumbir a Carlos, no debía rendirse a él.

Estaba en deuda con Andreu por todo lo que este había hecho por ella. Por cómo había intentado reparar el daño que hizo el militar. Le había prometido que se casaría con él y eso era lo que iba a hacer.

No sabía cuánto tiempo la tendría Carlos allí retenida, en aquel paraíso natural, pero debía ser fuerte y aguantar.

14

Abril estaba de pie, con las manos apoyadas en la balaustrada de madera del porche, admirando el paisaje que se extendía frente a ella. La ladera de la montaña estaba cubierta por un bosque de pinos y robles. Aspiró una bocanada de aire fresco y se sintió reconfortada. Aquello era mágico. Como estar en un cuento de hadas; una cabaña en la montaña, el campo, las mariposas, su chico y ella. Lo que siempre había soñado.

Solo que había un fallo en todo esto. Carlos no era su chico. Su chico era Andreu, se recordó.

Emitió un tenue suspiro y se preguntó si la revolución sentimental que había dentro de ella no sería cosa de la primavera, que alteraba a las personas. Sí. Eso debía de ser. Esta estación del año siempre le provocaba unas ganas locas de vivir, de aventurarse en cosas excitantes, de tirarse de cabeza al vacío, sin pensar.

Miró a su alrededor y pensó cómo sería la vida allí siempre. Como un ermitaño. Alejada del mundanal ruido de la ciudad.

Ella siempre había sido muy urbanita, pero desde que tuvo su relación con Carlos y este le descubrió la naturaleza, la montaña, el campo, se sentía más atraída por esto que por la ciudad.

Se dio cuenta en ese momento de que la idea de irse a Nueva York no la seducía tanto como al principio, cuando Andreu se lo propuso.

Su sueño siempre había sido construir, por eso había estudiado Arquitectura. Pero después de tantos años dedicada a crear casas, colegios, centros comerciales y demás, sentía que eso no la llenaba.

Quizá debería centrarse en otro tipo de construcciones. Algo que tuviera que ver con la naturaleza. Combinar las dos cosas...

Carlos se acercó a ella por detrás, lentamente. Llevaba tiempo observándola y sabía que cuando Abril tenía la mirada perdida era porque estaba cavilando algo. Soñando con algo.

El chándal de algodón gris y rosa que le había comprado en el pueblo, la sentaba de maravilla. El pantalón le quedaba algo estrecho en las caderas, marcándole deliciosamente el trasero, ese culo que había vuelto loco a Carlos en el pasado. Bueno, y ahora también.

Abril llevaba el pelo recogido en una coleta que dejaba al descubierto su esbelto cuello. Carlos sintió deseos de recorrerlo con los dedos y empaparse de su suavidad. De besar esa piel nacarada, deslizando los labios despacio, estimulando todas las terminaciones nerviosas de Abril.

Se colocó a su espalda y notó cómo ella se estremecía ligeramente al sentir su cercanía.

—La comida ya está y tu ropa también. Acabo de sacarla de la secadora —anunció Carlos pegándose más al cuerpo de Abril. Puso sus manos sobre las de ella, en la balaustrada de madera del porche, y se inclinó para dejar caer su cálido aliento sobre el cuello de Abril.

Otro estremecimiento la recorrió entera. Quiso girarse para mirarlo, pero supo que si lo hacía, sus bocas quedarían peligrosamente cerca y Carlos no dudaría en robarle un beso. Así que Abril continuó con su mirada fija en el revolotear de una mariposa, ignorando el fuego que se estaba desatando en ella, luchando con los contradictorios deseos de alejarlo de su cuerpo y continuar así, en esa posición, sintiendo toda la fuerza y el calor de Carlos.

Carlos cerró los ojos ligeramente. Su control estaba siendo destruido a medida que pasaban los minutos. El femenino aroma que se colaba por sus fosas nasales, la maravillosa cascada de pelo recogido en una coleta alta, el cuerpo suave y flexible que mantenía pegado al suyo. Abril era una trampa sexual que trastocaba todos sus sentidos.

Ella notaba el calor de Carlos como si fuera un incendio forestal que se hubiera desatado entre los dos. Su corazón latía acelerado, tanto que creyó que saltaría de su pecho y tendría que recogerlo con las manos para que no escapase.

La piel de Abril demandaba caricias con impaciencia y una lujuriosa sensación de hambre, junto con otra de anhelo y de deseo, invadió sus venas.

Pero tenía que ser fuerte y resistir.

—Bien. Vayamos a comer. A ver qué nos ha preparado el chef —dijo con voz temblorosa.

Carlos sonrió. Había conseguido justo lo que quería. Que Abril ardiera de deseo.

Antes de dar un paso y romper aquel mágico momento, Carlos se tomó la libertad de acercar sus labios al lóbulo de la oreja de ella. Ansiaba mordisquearlo y no se iba a privar de ello.

Cuando Abril sintió su boca en esa zona del cuerpo, se le cortó la respiración. La perilla de él le hizo cosquillas y la sensación fue tan placentera que deseó que no acabase nunca.

Carlos deslizó sus labios poco a poco por el cuello de ella, pasándole la lengua por aquel punto donde la sangre latía enloquecida, y sonrió contra su piel. Se detuvo un momento para sentir cómo las terminaciones nerviosas de Abril se volvían locas, antes de liberarla de su prisión. Con un pequeño beso justo bajo el lóbulo de la oreja, se distanció de ella.

Pero la retuvo, agarrándola de una mano para conducirla al interior de la casita, mientras se acomodaba la erección que había nacido en sus pantalones.

15

—Déjame usar tu móvil, por favor —le pidió a Carlos una vez terminada la comida.

Se habían sentado uno frente a otro en la pequeña mesa y habían comido entre risas, gracias a que Carlos distendió el ambiente cargado de erotismo y deseo con su amena charla, consiguiendo que Abril se relajase.

—¿Para qué? Todos saben que estás aquí conmigo y están de acuerdo.

—Andreu no.

—Ya salió a relucir el catalán —bufó Carlos.

—Hablo con él todos los días. Si me llama y no contesto, se preocupará —intentó convencerle Abril.

—Entonces llamará a tus padres preguntándoles por ti —indicó él.

Abril asintió con la cabeza.

—Tranquila. Tus padres ya saben lo que tienen que contarle para que no sospeche nada de lo que está pasando —dijo Carlos.

—¿Y qué es lo que tienen que contarle a mi prometido?

—Que tus amigas te han llevado a una casa en el campo para tu despedida de soltera y te han obligado a dejarte el móvil en casa. —Carlos se levantó de la silla—. Como ves, no difiere mucho de la realidad.

—Ya —soltó enfurruñada Abril—. Solo que en vez de estar con mis amigas, estoy con mi exnovio.

—Y no vas vestida de enfermera sexi. Deberías darme las gracias por salvarte de una situación tan incómoda para ti. Los disfraces nunca te gustaron y menos esos, en los que eres el centro de atención allá donde vayas. Además, ¿a quién se le ocurre organizar una despedida de soltera en Viernes Santo? Las van a excomulgar a todas... —Se rio Carlos.

Permanecieron unos segundos en silencio, en los que aprovecharon para recoger la mesa entre los dos.

—Aunque si te vistieras de enfermera sexi solo para mí...

—Carlos, por favor... —gimió Abril.

—Está bien, está bien —dijo levantando las manos en señal de paz—. ¿Quieres salir a dar un paseo por el campo? ¿O prefieres dormir la siesta? Si quieres te acompaño en la cama, pero no te prometo que duermas mucho. —Carlos la miró con una sonrisa juguetona.

Abril puso los ojos en blanco y bufó. Carlos era incorregible.

—No te quejes —continuó él—, soy un hombre que te da muchas opciones.

—Sí, claro, menos la opción de liberarme y dejar que me case con mi novio.

—Mira que eres cabezota.

—Pues anda que tú...

Abril dio media vuelta y dejó los platos en el fregadero. Carlos se acercó y cuando ella comenzó a lavarlos, la quitó de en medio para hacerlo él mismo.

—Eres mi invitada —le dijo—, no voy a permitir que laves los platos.

—No soy tu invitada. Soy tu cautiva.

Carlos no respondió y Abril no objetó nada más. No tenía ganas de ponerse a discutir con él. Quizá al día siguiente, cuando hubiera pasado todo el día de hoy con él y se diera cuenta de que ella seguía obstinada en casarse con Andreu, la liberaría.

Apoyada contra la encimera de la pequeña cocina, echó un vistazo a su alrededor. La cabaña era pequeña pero muy acogedora. El salón y la cocina estaban unidos. A un lado se encontraba la chimenea, que daba calor a toda la casita. En una esquina estaba la televisión, frente a un sofá de dos plazas. En otro rincón, un aparador con la vajilla y los vasos, la mesa y cuatro sillas. Volvió la cabeza hacia donde se encontraba Carlos, que ya había terminado y se secaba las manos en un paño, y observó los pocos muebles donde él había guardado los víveres al llegar de la compra. Una pequeña nevera en un lateral, la lavadora y la secadora, el fregadero y la cocina de gas.

Por la ventana situada encima de la pila, se colaba la luz del sol primaveral que lucía ese bonito día y que iluminaba todo el interior de la cabaña de madera.

Frente a donde Abril se encontraba, estaba la puerta del dormitorio. El único de la casa. Dos mesitas, una cama, un armario pequeño y una silla. Nada más. Y luego el baño, dentro de la habitación.

Allí todo era sencillo, pero a Abril le resultaba muy acogedor y bonito.

Suspiró. Ojalá ella tuviera un sitio así al que escapar cuando Barcelona o Madrid la saturaban con sus prisas, su ruido y su vida estresante. ¿Y se iba a marchar a Nueva York?

Sacudió la cabeza. Cada vez la atraía menos esa idea.

—Me gusta mucho tu casa. Es maravilloso tener algo así —le dijo a Carlos—. ¿Vienes a menudo?

—Suelo venir bastante, sobre todo los fines de semana y cuando estoy de vacaciones, como ahora. Desde que me fui a Siria hace seis meses, no había vuelto y lo necesitaba. Estaba deseando regresar y escaparme a este rincón lleno de tranquilidad, de paz... —La tomó de la mano y la condujo hacia la puerta de salida—. Ven. Demos un paseo. El campo está ahora más hermoso que nunca y hace buena temperatura para estar al aire libre.

Abril sintió cómo esa mano masculina la calentaba y un delicioso hormigueo la recorría todo el brazo. Siguió dócilmente a Carlos afuera y comenzaron su paseo.

Él notaba la mano de Abril, pequeña y delicada, en la suya. Le gustaba muchísimo esa sensación, así que ni se planteó soltarla en todo el tiempo que duró el paseo.

—Esto es precioso —murmuró Abril al llegar a un pequeño río de agua cristalina, entre árboles y rocas con una esponjosa capa de musgo sobre ellas—. ¿En qué parte de la sierra estamos?

—El pueblo más cercano es Rascafría —le informó Carlos al fin—. Hacia allí se encuentra la Cascada del Purgatorio. —Señaló un punto en la montaña que se extendía ante ellos—. Si quieres mañana podemos ir. Está a unos cinco kilómetros desde aquí. Podemos llevarnos algo de comida y hacer un *picnic*. Incluso, puedes bañarte. Aunque el agua todavía está muy fría.

—¿Cómo voy a bañarme? No tengo nada para...

—Desnuda. Yo también lo haré desnudo para que no te veas en inferioridad de condiciones.

—Sigue soñando. —Fue la respuesta de Abril, a la que acompañó una sonrisa.

Carlos tiró de la mano de ella y con la otra la cogió por la cintura para pegarla a su cuerpo.

—Eso estoy haciendo ahora mismo —susurró él muy cerca de su boca—. Soñando que

estamos solos tú y yo en el mundo. Que no existe nadie más entre nosotros. Que te tengo solo para mí. —Con los ojos, Carlos recorrió la cara de Abril deleitándose con la hermosura de sus rasgos—. Que vas a ser mía para siempre. Que recupero tu amor. Por favor, Abril, quédate conmigo. Dame la oportunidad de hacerte feliz el resto de mis días.

Abril, con las manos sobre los fuertes brazos de Carlos, sintiendo cómo los músculos se contraían bajo su contacto, y notando el agradable cosquilleo del aliento de ese hombre en los labios, abrió la boca para hablar.

Pero no pudo decir nada. No le salían las palabras para negarse o para aceptarlo.

Carlos buscó sus labios poco a poco, como dándole tiempo a rechazarlo. Ella no se movió. Cuando posó su boca sobre la de Abril, ella la sintió suave. Los labios de Carlos se movían contra los suyos como el tímido aleteo de una mariposa.

El beso, que comenzó de una manera tierna y delicada, fue volviéndose más pasional. Con sus labios todavía fusionados, los dos sintieron el deseo apoderándose de sus cuerpos. Un gemido escapó de la garganta de Abril y fue a parar directamente a la entrepierna de Carlos, que la cogió en volandas, apretándola contra su fisonomía como si quisiera meterse dentro de ella.

Mientras la exigente boca del militar pedía acceso a la dulce de la arquitecta, Abril se rindió a esa lengua que se movía dentro de ella y profundizó el beso recompensando a Carlos por la maestría con la que estaba devorándola.

El hombre gruñó de satisfacción, un sonido que hizo que sus corazones latieran más de prisa, en una mezcla de excitación y ansiedad.

Arrastrados por las olas de placer que los estaban recorriendo, Carlos dio dos pasos con Abril rodeándole la cintura con sus piernas, y apoyó la espalda de ella contra un roble.

Cegado por la pasión, repartió decenas de besos por toda la cara de ella, el cuello y el escote. Abril sentía el rastro de fuego que la boca de Carlos iba dejando allá donde se posaba. Hundió los dedos en el cuero cabelludo del militar para atraerlo más hacia ella y disfrutar del momento abrasador que estaban viviendo.

La energía sexual que Abril había mantenido controlada tan cuidadosamente se desbordó. La euforia se apoderó de ella y se entregó a la pasión desenfadada que Carlos le ofrecía. La boca del hombre era mágica y la atormentaba con besos delicados, seguidos de otros más rudos, y con lametones y caricias destinadas a enloquecerla.

Jadeantes, se separaron para tomar aliento y volver a empezar de nuevo, pero un atisbo de cordura prendió en la mente de Abril, quien detuvo el nuevo avance de Carlos, poniéndole una mano en el pecho.

—Para. No debemos hacer esto —susurró con voz temblorosa.

—¿Por qué? Me deseas tanto como yo a ti —replicó él con los ojos encendidos de deseo.

Abril se bajó de su cintura y deshizo el abrazo con Carlos.

—Voy a casarme con Andreu.

—¡No te vas a casar con él, maldita sea! —estalló Carlos, harto ya de oír la misma frase—. ¿Es que no te das cuenta de lo que estoy haciendo? ¡Intento enmendar mis errores del pasado para construir un futuro junto a ti! Y tú no dejas de nombrar a ese catalán. ¡Basta ya, Abril! ¡Basta! ¡Olvídate de él!

Abril permaneció en silencio ante su arrebato de cólera, observándolo. Ojalá las cosas fueran diferentes. Ojalá ella no se hubiera comprometido con Andreu y fuera libre para volver

con Carlos. Abril sentía cosas que no debía sentir hacia el militar. Pasión, deseo, anhelo...

Pasados un par de minutos en los que él deambuló por el bosquecillo, siempre cerca de ella, pasándose las manos nervioso por el pelo corto, se detuvo al escuchar de nuevo la voz de Abril.

—Prometí que me casaría con él. Le di mi palabra y tengo que cumplirla. Lo siento, Carlos.

—Pero tú no lo quieres —se quejó él. Se acercó a ella y la cogió de las manos, mirándola a los preciosos ojos con los que soñaba cada noche—. Me amas a mí, solo que eres demasiado cabezota para admitirlo.

—Sí que quiero a Andreu —se defendió Abril.

—Claro... por eso te has entregado a mi beso con la pasión con la que lo hacías antes, cuando estábamos juntos y no importaba nada más que tú y yo.

Carlos levantó una mano y le acarició dulcemente el óvalo de la cara. Abril cerró los ojos al sentir el delicado contacto, que llegó hasta su corazón.

—De no haber interrumpido el beso, estoy seguro de que habríamos acabado haciendo el amor aquí mismo —comentó Carlos y se inclinó para rozar su nariz contra la de Abril en una íntima caricia.

—De no haber interrumpido el beso, habríamos muerto ahogados —musitó ella, intentando hacer una broma para relajar la tensión sexual que había entre ellos.

Cosa que no funcionó.

—Por favor, Abril, por favor... vuelve conmigo.

—No puedo. Le di mi palabra y...

—A la mierda tu palabra y a la mierda el catalán —siseó apretando los dientes.

Carlos se distanció de ella furioso y dio media vuelta para regresar a la cabaña, con el corazón roto de dolor y mil pensamientos en la cabeza.

16

Abril caminó detrás de Carlos hasta llegar a la cabaña, donde él se detuvo. Se quedó observando la ancha espalda del militar, deseando correr hacia él y abrazarlo. Pero reprimió sus ganas.

Desvió sus ojos hacia el paisaje que la rodeaba, soñando con que se quedaba allí para siempre... con él. Con que todo era sencillo entre ellos. Con que no había una tercera persona que impedía a los dos hacer realidad sus sueños. Pero no era así.

Ella había dado su palabra a Andreu. Se había comprometido con él. No podía fallarle.

Aquel lugar parecía sacado de un cuento de hadas. Un bosque encantado donde la primavera había irrumpido con toda su fuerza, dotándolo de luz, color y magia. ¿Por qué no podría aparecer de repente un hada y concederle su deseo?

La casita de madera, con el tejado oscuro a dos aguas, el porche con la mecedora, los tres escalones que descendían de él y se unían al caminito de piedra que serpenteaba hasta llegar a la valla que delimitaba la propiedad de Carlos, era un paraíso natural creado con el único fin de hacer felices a sus moradores.

—Solo quiero hacerme viejo a tu lado —dijo Carlos volviéndose hacia ella—. ¿Tanto te cuesta comprenderlo? Sé que le has dado tu palabra a ese hombre, pero no serás feliz con él porque no lo amas. Si te casas con el catalán, siempre te preguntarás qué habría pasado si tú y yo hubiésemos tenido la oportunidad de intentarlo otra vez. Esa oportunidad que estoy buscando desesperadamente contigo. ¿Por qué no me la das? ¿Por qué no quieres que lo intentemos? ¿Acaso tienes miedo de descubrir que conmigo serás más feliz que con él?

Carlos anduvo la escasa distancia que lo separaba de Abril. Al llegar junto a ella, colocó sus manos a ambos lados del rostro de la joven, enmarcándoselo con su calidez y su ternura.

—Te propongo algo, cielo. Sé mía hasta el domingo. Déjame mostrarte cómo puede ser nuestra vida juntos. Aquí tu novio no existe. Solo estamos tú y yo. Olvídate del resto del mundo. Pasa estos días conmigo, entre mis brazos, rodeada de mi amor. Por favor, Abril, es lo único que te pido. Dame la oportunidad de luchar por ti. Si después de todo lo que estoy haciendo, decides regresar a tu vida en Barcelona y casarte con el catalán, al menos me quedará el recuerdo de estos días aquí contigo, escondidos del mundo. Te dejaré marchar sabiendo que hice todo lo que estuvo en mi mano para retenerte, pero que tú decidiste seguir tu camino en la vida sin mí. Por favor, Abril, por favor...

—¿Me estás pidiendo que le sea infiel a mi prometido? —susurró Abril con las manos en el pecho de Carlos, sintiendo su corazón que latía al compás del suyo.

—Nadie lo sabría. Será nuestro secreto —intentó convencerla.

—Lo mejor es que volvamos a Madrid. Acabemos con esta locura.

Carlos levantó la vista al cielo, impotente. La atrajo hacia su cuerpo y la rodeó con los brazos.

—No puedo. Compréndelo. Tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para recuperarte. Si no, no podré vivir. Siempre me quedará la duda de si pude hacer algo más para que volvieras conmigo.

Permanecieron unos minutos abrazados, notando las huellas del calor de cada uno en el cuerpo del otro.

Carlos rezaba porque Abril aceptara su proposición. Así de desesperado estaba. Si no podía tenerla el resto de su vida, al menos sería suya esos dos días que les quedaban de estar allí. Podría despedirse de su amor, de su cuerpo y de su alma. Aunque con todo ello acabase destrozado. Aunque los recuerdos lo atormentasen el resto de su existencia.

Abril estaba confusa. Por un lado deseaba más que nada en el mundo sucumbir a la tentación que Carlos le proponía. Sin embargo, se preguntaba si los remordimientos de conciencia la dejarían vivir tranquila una vez casada con Andreu.

Por otra parte, ella había dado su palabra. El compromiso requería confianza. Fidelidad. Y Abril nunca había estado dispuesta a faltar a ninguna de estas cosas.

«Nadie lo sabría. Será nuestro secreto», había dicho él.

Tenían todas las opciones para que eso se hiciera realidad y nunca jamás la gente conociera lo que allí había sucedido, aunque muchos se lo imaginasen.

Sabía que sus amigos y su familia no los delatarían. Que respetarían la decisión que ella tomase pasara lo que pasara esos días en aquella cabaña de ensueño.

Pero ¿cómo quedarían su corazón y el de Carlos después de aquello?

Abril deshizo el abrazo con multitud de sentimientos contradictorios luchando en su interior:

—Lo siento, Carlos. No puedo serle infiel a mi novio. Por mucho que me gustaría acceder a lo que me pides, no puedo. Por mucho que mi piel llore al no sentir el contacto con la tuya, que mis labios rabien de dolor añorando tus besos, no puedo.

Carlos la miró derrotado. La había llevado hasta allí para convencerla y al final no había dado resultado. Su plan no había servido para nada.

Asintió con la cabeza a las palabras de Abril y ella, al ver sus ojos entristecidos, sintió como si su alma la abandonase. Se abrazó a sí misma para darse calor. Un frío intenso se había apoderado de su cuerpo. Pero fue imposible. Nada podría calentar su corazón. Nada. Excepto Carlos.

Para no caer en la tentación y desdecirse de sus palabras, Abril se encaminó por el sendero de piedra hasta salir de los límites de la casita.

Paseó por el campo florido escuchando el canto de los pájaros, buscando la paz interior que necesitaba.

Se detuvo unos instantes a recoger algunas flores que la primavera le otorgaba mientras pensaba en todo lo que habían hablado, recordando todo lo que había vivido con Carlos desde que lo conoció en aquella fiesta de instituto.

Deseó dar marcha atrás en el tiempo y no haberse ido nunca a estudiar a Barcelona. De no haberlo hecho, ahora seguiría al lado de Carlos. Su ausencia había provocado la ruptura de su relación. Se sentía culpable.

Pero si accedía a los ruegos de Carlos, ¿cuánta culpabilidad más podría asumir? ¿Cómo mirar a la cara a Andreu todos los días del resto de su vida, sabiendo que había estado entre los brazos de Carlos y que había acariciado el cielo con las manos para luego renunciar a él?

Carlos la vio alejarse desolado. Ya no había vuelta atrás. Abril había dicho que no.

Sentía su alma más rota que nunca mientras observaba cómo ella recogía algunas flores. Lo había intentado y había fracasado.

¿Cómo pudo pensar alguna vez que saldría vencedor? Hubo un tiempo en que tenía a esa mujer solo para él y desaprovechó la oportunidad con ella. Ahora todo había pasado y nunca más volverían a estar juntos.

¿Por qué la instó a irse a Barcelona hacía siete años? ¿Por qué no luchó contra sus miedos entonces y la retuvo a su lado? Ahora seguirían juntos y felices.

Su madre, Samuel... todos tenían razón. ¡Qué tonto había sido al dejar escapar a Abril y no hacer nada por recuperarla en todo ese tiempo!

Entró en la cabaña justo cuando estaba a punto de echarse a llorar. No quería que Abril lo viera así. Pensaría que era una treta más para convencerla. Además, él era un hombre hecho y derecho ya. No podía sucumbir al llanto como un niño de cinco años que se ha perdido en el parque y busca con desesperación a su mamá. Aunque en realidad, se sentía así.

18

Abril entró en la cabaña con el ramo de flores silvestres en las manos y se encontró a Carlos, sentado en un extremo de la mesa, cubriéndose la cara con los brazos y... ¿sollozando?

Se quedó paralizada en el umbral de la puerta, observándolo anonadada.

El cuerpo fuerte y alto del militar se convulsionaba por el llanto. Los gemidos y lamentos escapaban de su garganta, llegando hasta el corazón de Abril para machacarlo todavía más.

No podía verlo así. Le partía el alma.

Pero ¿qué podía hacer?

Lo supo enseguida. Y no dudó en llevarlo a cabo.

—Carlos —lo llamó.

Él se incorporó de golpe, sorprendido de su presencia allí. Había esperado que Abril tardase más en regresar a la casa y no lo pillase dando rienda suelta a su dolor. Se limpió las lágrimas con rapidez, queriendo esconder las huellas que estas habían dejado. Pero era imposible. Sus ojos gritaban el sufrimiento que llevaba dentro.

Abril dejó el ramo en el sofá y se dirigió presta hacia la mesa que la separaba de él. Al llegar, no dudó entre dirigirse a derecha o izquierda para sortear el mueble. Con decisión se subió encima de la mesa y gateó hasta llegar al otro extremo, donde Carlos la miraba confundido.

Lo agarró de la sudadera y tiró de él para fusionar su boca con la del militar.

El beso pilló a Carlos desprevenido, pero rápidamente se hizo cargo de la situación.

Hambriento y posesivo, asaltó la boca que Abril le ofrecía con avaricia. Ella se rindió a él, desesperada por sentir más de esa lengua incitante con la que tanto anhelaba jugar.

Carlos la agarró por la cintura para bajarla de la mesa. La colocó a horcajadas sobre su regazo, sintiendo el fuego que Abril desataba en su interior con solo tocarlo o besarlo y que siempre amenazaba con consumirlo.

Se levantó con ella anclada a sus caderas y se dirigió hacia la habitación mientras no dejaba de probar la miel de sus labios.

Posó a Abril sobre la cama con delicadeza, como si ella fuera algo frágil que pudiese romperse.

Ella lo miraba con la excitación y el deseo bailando en sus pupilas. Alargó los brazos hacia él, pidiéndole en silencio que continuara donde lo habían dejado.

—¿Estás segura de esto? Hace un rato me has dicho que... —cuestionó él.

—Nadie lo sabrá. Será nuestro secreto. —Abril repitió las mismas palabras que poco antes Carlos había dicho.

Con rapidez, él se despojó del chándal, las botas de montaña y el calzoncillo, quedándose ante Abril orgulloso de su físico, como un dios al que hay que venerar.

Los ojos de ella, encendidos de deseo, lamieron cada centímetro de esa piel que anisaba tocar. Carlos los sintió sobre su cuerpo como lenguas de fuego que lo abrasaban.

Se cernió sobre ella y la desnudó, venerando cada porción de la gloriosa piel que iba descubriendo. Se detuvo para besarla en cada rincón de la epidermis de Abril, estimulando todas sus terminaciones nerviosas con las húmedas caricias de su lengua, volviéndolas locas.

—Te quiero, Abril.

—Te deseo... —susurró ella, perdida en las olas de placer que la estaban recorriendo.

—Dime que tú también me quieres —suplicó él con un gemido.

—Yo... Te necesito, Carlos.

Abril lo cogió por la nuca y fundió su boca con la del militar para acallar su palabrería. Los deseos lascivos que se habían apoderado de ella solo encontrarían desahogo entre las piernas del hombre y quería darse prisa en satisfacerse. Antes de que la cruda realidad los golpease de nuevo y terminara el momento mágico que estaban viviendo.

Un ramalazo de energía sexual recorrió toda la columna de Carlos cuando abandonó la boca de Abril para refugiarse en el cálido pecho de la arquitecta. Saboreó a conciencia sus pezones hasta que los tuvo duros como piedras. La piel de Abril emitía un tenue aroma femenino que se coló por las fosas nasales de Carlos, instándole a continuar jugando con aquel cuerpo que se le entregaba dócilmente.

Acarició cada rincón de ella notando en las manos toda su suavidad y su calor mientras Abril temblaba de pasión por su contacto.

Carlos se arrodilló a los pies de la cama y le separó las piernas. Contempló su vulva roja y brillante, como una fresa madura, y se dispuso a darse un festín.

Con el primer lametón, Abril se estremeció de placer. Un tenue gemido escapó de su garganta y fue a parar a la erección de Carlos, que saltó contenta.

Con la segunda pasada de su lengua por ese lugar tan caliente, él pudo sentir en la boca toda la esencia íntima de Abril. Se deleitó, saboreándola a conciencia, como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente.

Abril no podía hacer otra cosa que jadear y abandonarse a las caricias de Carlos. Clavó los dedos en la cabeza de él y lo obligó a devorarla con más fuerza, pues ya estaba próxima a su clímax.

Cuando él supo que ella estaba en el límite, mordisqueó su clítoris para lanzarla definitivamente a las estrellas.

Abril gritó en medio del placer incontrolable que sentía. La euforia del orgasmo se adueñó de ella y con el pulso todavía acelerado, contempló a Carlos, que la miraba con la barba reluciente por todo el placer que se había bebido de ella.

Él la observó sonriendo, se colocó un preservativo en su dureza y la penetró despacio, sintiendo en cada centímetro de su pene el calor de la vulva de Abril, que lo envolvía igual que un guante hecho a medida.

Cuando la colmó, movió las caderas pegado a ella, para rozarle de nuevo el clítoris y continuar con su estimulación. Se inclinó sobre la boca de Abril, pegando su pecho al de ella y sintiendo cómo su corazón latía acelerado, y la reclamó con un beso lleno de amor, deseo y ternura.

—Te quiero, Abril —volvió a susurrarle, sin apartar sus ojos de los de ella, mirándola como si Abril fuera la razón por la que el sol salía cada mañana—. Dime que tú también me quieres.

Abril tragó saliva. Tenía la garganta seca por la excitación. Se estaba muriendo a fuego lento con el contoneo de las caderas de Carlos mientras notaba en su interior cómo él la penetraba, a veces pausadamente, otras veces con la fuerza de un toro. Todo ello con el fin de enloquecerla. De hacer que ella ardiera de deseo, en esa tarde en la que se entregaban con pasión al pecado y a

la tentación.

Abril buscó su boca de nuevo y con la lengua recorrió los labios de Carlos. Después se la introdujo dentro para bailar con la de él, una danza sensual que llevaría la dicha a cada una de sus células.

Carlos rotó de nuevo las caderas para presionar más en el nudo de nervios de Abril. Salió despacio de ella y la volvió a embestir con fuerza, desesperado porque Abril no le decía que lo amaba. Vio que las pupilas de ella estaban tan dilatadas que casi se habían comido el iris de sus ojos. Continuó bombeando dentro de su sexo hasta que notó cómo el placer se propagaba ardiente y exigente por sus venas.

—Carlos... —gimió Abril—. Más... Necesito más...

Con un último empujón la catapultó al orgasmo más devastador que hubiera sentido nunca, siguiéndola él en el viaje.

Carlos la había amado con tal desesperación en ese momento, que creyó que nunca se recuperaría del acto tan íntimo que habían compartido. Supo que nunca más podría estar con una mujer que no fuera Abril.

Solo ella podía coser su alma rota.

19

Carlos se despertó una hora después. La tarde moría lentamente a través de la ventana de la habitación. Palpó a su lado y halló la cama vacía. Pero las sábanas aún estaban calientes, señal de que Abril no hacía mucho que se había levantado.

Se preguntó si todo había sido un sueño. Pero el olor a sexo y a cuerpos sudorosos que impregnaba el cuarto, le confirmaron que no. Todo había sido real y él supo que atesoraría esos recuerdos para siempre en su mente y en su corazón.

Ansioso por ver a Abril de nuevo, se levantó y salió de la habitación. La encontró echa un ovillo, enrollada en una manta, frente a la chimenea, contemplando el crepitar del fuego sentada sobre la alfombra.

Se acercó a ella con sigilo, temiéndose lo peor. Que ella se arrepintiera de lo que habían hecho y le echase en cara que todo había sido una artimaña para arrastrarla a su cama, a sus brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó Carlos sin tocarla.

Abril lo miró un momento muy seria. Después una hermosa sonrisa se extendió por su cara. Recorrió con la mirada ávida el cuerpo desnudo de Carlos, memorizando cada lugar, cada rincón, cada músculo perfectamente definido y duro.

Le agarró de la mano y tiró de él hacia abajo, al tiempo que abría la manta para que Carlos se refugiase en el calor que había en ella.

Él la abrazó y Abril reclinó su cabeza en la curva de su cuello. Aspiró el aroma masculino, mezcla de bosque, tierra mojada y ahora también sexo, y cerró los ojos complacida.

Carlos respiró tranquilo. Parecía que Abril no se arrepentía... de momento.

La besó en el pelo con una dulzura infinita y la ciñó más a su cuerpo para sentir toda la calidez de la piel de ella.

Permanecieron unos minutos así, frente al fuego, observándolo sin hablar, hasta que Abril rompió el hechizo.

—Nadie sabrá nunca lo que ha pasado ni lo que pasará aquí esta noche y mañana. Será nuestro secreto. —Le dio un beso en la base del cuello a Carlos y después levantó su vista para centrarla en los ojos oscuros del militar—. Hazme el amor de nuevo. Como si mañana no existiese. Como si... —Dejó caer la manta a su alrededor y se mostró desnuda ante él—. Nos queda poco tiempo para disfrutar de nuestro amor. De lo que tenemos aquí. Ámame como si yo fuera la única mujer en el mundo.

Y eso fue lo que Carlos hizo. La amó sobre la alfombra, frente al fuego de la chimenea, como si al día siguiente terminase su vida. Como si no le hubiera dicho suficientes veces desde que estaban en esa cabaña que la quería. Con toda la pasión y el dolor que había en su cuerpo, y que sabía, que pasado ese fin de semana con ella allí, nunca podría olvidar. Que cada noche los recuerdos acudirían a su memoria, incordiándolo para no dejarlo descansar en paz.

Pero ahora que la tenía entre sus brazos, subida a sus caderas, cabalgándolo cual experta amazona, supo que prefería mil veces morir que haber tenido el paraíso al alcance de la mano y haberlo rechazado.

Hubiera sido mejor no conocer nunca lo que no podría tener. No haber probado el cielo que suponía Abril y luego contentarse con menos.

Sin embargo, Carlos se dijo que era mejor haber amado intensamente aunque fuera una vez en la vida, que no haber sentido nunca algo tan precioso como el amor.

20

Abril estaba agotada. Llevaba tanto tiempo sin hacer el amor con esa pasión arrolladora, que ahora notaba que le dolían músculos que no sabía ni que tuviera. Carlos y ella se habían pasado la noche del viernes y todo el sábado sin salir de la cama. Solo en contadas ocasiones en las que sus cuerpos requerían otro tipo de alimento; hicieron incursiones a la cocina para atacar la nevera y restablecer fuerzas.

Con Carlos había tenido pasión, erotismo, amor, risas, juegos. Era el amante perfecto. El hombre ideal. Atento, cariñoso, divertido, inteligente...

Pero la realidad se imponía y el domingo había llegado.

Se levantó de la cama y se dio una ducha rápida, lamentando borrar de su cuerpo las huellas que había dejado Carlos. Mientras se vestía con su ropa, la que llevaba cuando él la secuestró, pensaba en cómo iba a enfrentarse a una vida con Andreu después de lo que había pasado con el militar:

Cada vez que mirase a la cara de su novio, ¿recordaría que le había sido infiel? ¿Qué había faltado a su compromiso de fidelidad y confianza con Andreu? O por el contrario, ¿los momentos vividos con Carlos se irían difuminando con el tiempo hasta convertirse en un borrón oscuro en su pasado?

Se dijo que no. Nunca podría olvidar lo feliz que había sido esos días en la cabaña con él. Igual que nunca había olvidado cómo lo conoció, su primer beso, su despertar sexual con él, el paso de niña a mujer... En primavera le habían sucedido las mejores cosas de su vida. Carlos, casi siempre, había estado en ellas.

Tendría que armarse de valor para continuar adelante con Andreu y que todos estos recuerdos no la atormentasen.

Oyó a Carlos en la cocina trasteando. El olor inconfundible del café llegó hasta su nariz. Salió de la habitación y lo vio. Como siempre, miles de mariposas revolotearon en su estómago y el corazón se le aceleró de tal manera que creyó que el militar escucharía sus alocados latidos desde donde estaba.

Se acercó a él mientras no dejaba de contemplar su masculina fortaleza física. Los músculos perfectamente delineados de su espalda que se contraían al compás de los movimientos del hombre. El tatuaje tribal que ocupaba todo el omoplato derecho y que ella había besado, lamido y acariciado infinitas veces en esos dos días.

Carlos aún iba desnudo. El firme culo del militar hizo que a Abril le dieran ganas de darle una buena palmada, pero se contuvo. Debían regresar a la realidad ese día y cuanto antes volviera a comportarse como siempre, mejor.

Él se giró al oír sus pisadas. Si el corazón de Abril ya estaba acelerado, ahora que contempló a Carlos en todo su esplendor, se puso al borde del colapso. Sintió un latigazo de deseo que la recorrió entera y fue a alojarse directamente a su entrepierna. ¿Por qué ese hombre producía este efecto en ella? ¿Sería porque había tenido más sexo con Carlos en dos días que con Andreu en varios meses? ¿O porque la primavera influía en su estado anímico, emocional y sexual?

—Ya te has vestido —afirmó con un toque de decepción en la voz, mientras le pasaba una

de las tazas de café a Abril.

—Ya estoy lista para irnos. —Ella cogió la taza y se la llevó a los labios.

—Yo no. Nunca estaré listo para dejar marchar al gran amor de mi vida —murmuró con una pena infinita en la voz.

—Carlos... —Suspiró ella.

—Perdona. —Él sacudió la cabeza negando—. Sé que te había dicho que te dejaría ir sin coaccionarte y sin intentar que cambies de idea después de todo lo que ha pasado, pero no puedo. Sencillamente, no puedo, Abril. ¿Estás segura de que quieres volver? —preguntó con ansiedad—. Puedo pedir una excedencia en el trabajo y quedarnos aquí siendo todo lo felices que hemos sido estos días. Tú podrías llamar al tuyo y pedirla también. O mejor aún, díles a tus jefes que no vas a volver a trabajar para ellos en Barcelona. Que te trasladen a Madrid en lugar de a Nueva York. Habla con el catalán y dile que te lo has pensado mejor, que sigues enamorada de mí y que cancelas la boda. Por favor, Abril... —Se acercó a ella y la abrazó—. Déjame seguir haciéndote el amor cada día de mi vida.

Abril tuvo que reprimir las ganas de llorar en ese momento. Debía ser fuerte. Se dejó abrazar por Carlos, sintiendo todo su calor a través de la ropa que ella llevaba, luchando contra el instinto de rodearlo con sus brazos y suplicarle que le hiciera el amor por última vez antes de marcharse.

Luchando por sucumbir a los deseos de Carlos y hacer todo lo que él suplicaba. Trasladarse a Madrid, suspender la boda, abandonar a Andreu...

Pero no podía. Le debía lealtad a su novio. Él siempre había sido bueno con ella, se había portado tan bien, ayudándola a superar su dolor por lo que pasó con Carlos hace tantos años... No podía dejarlo en la estacada. Le había dado su palabra, se había comprometido con Andreu, y lo haría.

Al día siguiente, se marcharía a Barcelona y retomaría su vida normal, sin Carlos en ella.

Bastante tendría con su conciencia, que la machacaría en cada momento recordándole su infidelidad, hasta que con el paso del tiempo lograra convivir con todo esto.

Se separó de Carlos, rompiendo el abrazo, y lo miró a los ojos muy seria.

—No puedo, Carlos. Pero quiero que sepas que estos días he sido muy feliz contigo aquí y que siempre me quedará un bonito recuerdo.

—¡Maldita sea! ¡Yo no quiero ser un recuerdo! —estalló él con impotencia—. ¡Quiero ser tu presente y tu futuro! —La agarró de los brazos y la zarandó, haciendo que el café de la taza que portaba Abril en su mano se derramase hasta caer al suelo.

—Voy a casarme con Andreu. Le di mi palabra y la cumpliré. Sabías que este momento iba a llegar. Sabías cuál era mi decisión a pesar de todo lo que hemos vivido aquí. Ahora cumple con tu parte del trato y, sobre todo, recuerda que nadie debe saber nunca lo que hemos hecho. Recuerda conservar nuestro secreto. —Abril no pudo evitar que la voz le temblara un poco al hablar. Su corazón estaba roto e intuía que jamás se recuperaría de aquellos días de felicidad. De haber estado en el paraíso y haberlo despreciado después. Pero ella era una mujer de fuertes convicciones y si se comprometía con alguien, cumplía aunque la vida le fuera en ello.

Carlos la soltó y se llevó las manos a la cabeza, tirándose del corto pelo que tenía. Gritó de frustración, de rabia y de dolor.

—Una vez también me prometiste a mí que me amarías siempre. También hiciste planes de

casarte conmigo...

—Tú me echaste de tu lado —le recordó ella interrumpiéndolo.

—Y voy a pagar por ello el resto de mi vida —murmuró Carlos derrotado.

Se quedaron unos instantes en silencio, mirándose a los ojos, viendo en ellos todo lo que los dos estaban sufriendo con esta situación.

—Iré a vestirme y te devolveré a tu vida. A esa que no quieres cambiar a pesar de saber que te estás equivocando. A pesar de saber que nunca serás feliz porque acabas de rechazar al amor verdadero. Ahora la que me está echando de su lado eres tú. Tenlo presente siempre. Cuando envejezcas con el catalán, piensa en todos los años perdidos, en lo que podías haber tenido conmigo y no quisiste tener porque fuiste cobarde. Eres una cobarde, Abril —la acusó—. Porque tienes el alma tan rota como yo y sabes que nosotros somos los únicos que podemos coserla.

Carlos dio media vuelta y entró en la habitación para vestirse.

Abril dejó la taza medio vacía en la mesa y salió al exterior.

Recorrió con sus ojos todo el paraje despidiéndose de la primavera que allí reinaba. Diciendo Adiós a las flores, a la montaña, al canto de los pájaros, al suave aleteo de las mariposas... a sus recuerdos de los días felices.

Aunque allí todo era alegría, color y luz, ella sintió de repente mucho frío, como si estuviera en pleno invierno y a su alrededor el paisaje estuviera muerto. Se abrazó a sí misma, pero no logró darse calor.

Se sentó en la mecedora, esperando que Carlos terminara de vestirse, echando de menos ya todo aquello que aún no había abandonado.

Cuando él salió fuera de la cabaña, se dirigió al todoterreno con decisión, sin mirarla ni hablarle, y montó en él. Abril corrió presta a subirse en el vehículo y, todavía no había cerrado su puerta, cuando Carlos arrancó.

El viaje lo hicieron en el más absoluto de los silencios.

21

Barcelona, dos semanas después.

—¿Qué te pasa, amor? —le preguntó Andreu a Abril mientras esta metía los platos sucios en el lavavajillas.

—Nada.

—¿Estás segura?

—Totalmente. —Ella se volvió para mirarlo a la cara—. ¿Por qué?

Andreu escrutó su rostro intentando encontrar algún indicio, alguna señal.

Pero no halló lo que buscaba. O quizá era que no sabía lo que estaba buscando.

Sin embargo, estaba convencido de que a Abril le ocurría algo.

Desde que volvió de Madrid y le contó su alocada despedida de soltera en una casa en mitad del campo, con sus amigas, que la habían obligado a dejarse el móvil en Madrid, hecho que le confirmaron los padres de su novia cuando llamó preocupado porque Abril no le cogía el teléfono, la notaba distinta.

Ya no era la misma chica risueña y alegre que encandilaba a todos con su frescura y su naturalidad.

Ya no tenía ese brillo en los ojos que hacía de su mirada algo maravilloso, como si mil luces diminutas anidaran en su interior.

Ya no la sentía con la misma energía de antes. Era como si de repente una losa le hubiera caído encima y no se esforzase por quitársela para que no la aplastara.

Su mirada se había teñido de tristeza y melancolía desde que había vuelto. La vida parecía haberla abandonado.

Andreu la sorprendía muchas veces con la vista mirada en algún punto del cielo infinito. Le hablaba y ella no se enteraba ni de que lo tenía al lado.

Estaba... ausente. Siempre ausente.

Sus sonrisas ahora estaban teñidas de resignación, como si desease que fueran para otra persona en vez de para él, pero no le quedase más remedio que ofrecérselas.

Incluso rehuía su contacto. Desde que Abril volvió de Madrid no habían hecho el amor. Andreu no la presionaba. Sabía que ella no era muy sexual, que no le atraía mucho esa intimidad de pareja, que prefería una buena conversación en lugar de un polvo.

Pero una cosa era esto y otra muy distinta era que se escabullera de entre sus brazos al mínimo contacto.

—Te noto distinta desde que volviste de Madrid —continuó hablando Andreu—. Dime qué te pasa. En qué te puedo ayudar.

—¿Distinta? —Abril hizo como que no lo entendía.

—Sí. Es como si, de repente, te hubiese atacado por la espalda la melancolía y ya no tuvieras fuerzas para seguir adelante. Parece que estés al borde de una depresión. Ya no te arreglas, no te maquillas, no quedas con tus amigas, ni sales a tomar algo con las del trabajo a media mañana o cuando hemos acabado la jornada... Tampoco quieres que nosotros hagamos cosas juntos.

—No me pasa nada, Andreu. De verdad.

Él la miró sin creer en sus palabras.

Abril supo que no se las había tragado.

—Bueno, está bien —claudicó ella al final—. Estoy muy cansada. Todo el tema de la boda, los preparativos, el traje, viajar de nuevo a Madrid para casarnos allí... —Emitió un largo y cansado suspiro—. ... Me tiene agotada.

Andreu la cogió de una mano para acercarla a él y poder abrazarla.

—Solo quedan dos semanas para unirnos en matrimonio para toda la vida. No te agobies. Verás cómo se pasan rápido y cuando te des cuenta, ya seremos marido y mujer.

—Ya —soltó ella con resignación.

—Y cuando volvamos de la luna de miel, haremos el traslado a Nueva York, la ciudad con la que siempre hemos soñado —añadió Andreu.

Pero Abril nunca había soñado con irse allí. Sí, le gustó la idea cuando su novio se lo propuso, pero no era lo que ella deseaba con fervor.

Y últimamente menos aún.

En esas dos semanas que habían pasado desde que volvió de Madrid, soñaba con todos los momentos vividos con Carlos en su cabaña de la sierra. Soñaba que era feliz. Y se despertaba con un llanto angustioso que debía tapar para que Andreu no sospechara.

Deshizo el abrazo con Andreu incómoda por su cercanía, sintiendo cómo las lágrimas acudían a sus ojos. Las reprimió todo lo que pudo para que él no la viera llorar. Se giró con rapidez y se dirigió al baño.

—Voy a lavarme los dientes. Está a punto de empezar el programa ese donde hacen casas en los árboles y quiero verlo —le dijo a Andreu, excusándose por abandonar sus brazos tan pronto.

Se encerró en el baño justo cuando dos lagrimones corrían por sus mejillas. Se limpió con rabia las gotas de agua y se recriminó otra vez por llorar pensando en Carlos y en su feliz retiro en la montaña.

Inspiró hondo y expiró para calmarse. Estas dos semanas habían sido un suplicio. Los recuerdos acudían a su mente una y otra vez para torturarla. No se había podido quitar a Carlos de la cabeza ni un solo minuto. ¿Sería así el resto de su vida?

Al cabo de un rato, cuando estuvo más tranquila, regresó al salón donde Andreu la esperaba ya sentado en el sofá. Se acomodó a su lado. Él abrió los brazos para que se refugiara en ellos, pero Abril hizo como que no se dio cuenta de la muda petición de su prometido.

—¿Has estado llorando? —quiso saber Andreu al mirarla a la cara y ver sus ojos enrojecidos.

—No. Es que la crema de noche se me ha metido en los ojos y me escuecen un poco —mintió ella.

Andreu la miró sabiendo que algo pasaba, que ella no le estaba diciendo la verdad.

—Pues te la aplicas muy mal entonces, tanto la de día como la de noche, porque ya lo he notado en otras ocasiones. Algunas mañanas...

—Creo que debo de tener alergia o algo así —respondió ella rápidamente, cortándolo—. La primavera, ya sabes.

Andreu dio por buena esa respuesta y dejó el tema, para alivio de Abril. Estuvieron viendo

el programa, comentando sobre las construcciones, más Andreu que ella, hasta que en un momento dado Abril soltó:

—¿Y si en lugar de irnos a Nueva York nos quedamos aquí y trabajo como arquitecta creando ese tipo de casitas?

Andreu la miró como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—¿Por qué quieres hacer eso?

Abril se encogió de hombros.

—Sabes que la naturaleza me gusta mucho y estos días que estuve en la cabaña con... —«Carlos», pensó, pero se obligó a continuar con la mentira que le habían dicho todos a Andreu —... con mis amigas me imaginé cómo sería construir algo así. Casas en el campo o en la montaña, cabañas sobre los árboles como esas del programa... Creo que eso es realmente a lo que me quiero dedicar. Simplemente es modificar un poco lo que hago. Seguiría siendo arquitecta, pero de otro tipo de edificaciones.

—¿Estás loca? —preguntó Andreu empezando a reírse porque creyó que Abril se lo decía de broma—. ¿Vas a renunciar a un futuro brillante en Nueva York por quedarte aquí y construir cabañas?

Abril lo miró muy seria.

—Sí. No veo que hay de malo en eso. Y estoy segura de que haría muy feliz a muchas personas si me quedase en España. Mis padres y mis amigas de Madrid no quieren que me vaya al extranjero.

—¿Lo dices en serio? —quiso saber Andreu sorprendido.

—Totalmente.

—Pero es nuestro futuro juntos, amor. Es lo que hemos soñado desde hace años. No puedes ahora decirme que no me acompañarás a Nueva York.

Abril respiró profundamente. Se acercó a él en el sofá y lo cogió de una mano.

—Lo siento, Andreu. Lamento romper todos tus planes, pero creo que tenemos decisiones importantes que tomar

22

Palacio de Cristal del parque del Retiro (Madrid)

23 de mayo.

Los invitados al enlace esperaban ansiosos la llegada de la flamante novia. El lugar donde se iba a celebrar la ceremonia estaba decorado con multitud de flores que alegraban con su colorido. Las sillas para cada invitado se hallaban dispuestas entre las columnas principales dejando un espacioso pasillo por el que transitaría la novia en su camino hacia el altar, situado en un extremo del palacio. El juez encargado de legalizar el matrimonio era el único que esperaba paciente la llegada de la novia.

La luz de sol primaveral que lucía brillante aquella mañana de mayo se filtraba por los ventanales que daban nombre a tan precioso lugar, inundándolo al completo.

El novio miró a su alrededor preguntándose si aquello estaba sucediendo realmente o todo era fruto de su imaginación.

A su lado, su madre transmitía con su sonrisa la felicidad que solo puede sentir una madre cuando su hijo va a casarse con su amor verdadero.

—¿No está tardando mucho? —le preguntó nervioso a ella.

—Tranquilo, hijo. Es normal que las novias se retrasen un poco. Es la tradición —intentó calmarlo su madre.

El hombre inspiró y expiró varias veces, rezando para que Abril se diera prisa en aparecer. Estaba ansioso por unirse, por fin, a ella para toda la eternidad.

Dirigió su mirada impaciente hacia la entrada del Palacio, donde esperaba la madre de Abril junto con algunos familiares y su amiga Mar, la llegada de la novia.

De pronto, se oyó un revuelo en el exterior. Los invitados que aún continuaban fuera se apresuraron a entrar en el recinto y acomodarse en sus sillas.

Y al fin la vio.

Tan hermosa como siempre, con un vestido que se ajustaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel, marcando cada curva y cada rincón que él había disfrutado tantas veces y que sería suyo para el resto de su vida.

La parte superior del traje estaba cubierta de pedrería que relucía con el sol, como si Abril llevase miles de estrellas prendidas de sus hombros, su pecho y su cintura. El resto del vestido era de seda, y flotaba en torno a ella con cada paso que daba.

El cabello, recogido en un sencillo moño bajo, con algunos mechones sueltos que enmarcaban ese rostro tan deseado por él.

En las manos, un pequeño ramo de flores.

Abril estaba de pie en la puerta, agarrada al brazo de su padre, y lo miraba a él, su futuro marido, con una gran sonrisa en el rostro.

Una tenue música comenzó a sonar. Los invitados se pusieron en pie y la novia comenzó a andar hacia el altar.

23

23 de mayo.

Varias horas antes del enlace.

Samuel aparcó el coche frente a la cabaña de Carlos. Desde que pasó lo del secuestro de Abril, apenas lo había visto. Su amigo exprimió sus días de permiso al máximo exiliado allí, en la montaña como un loco ermitaño, sin querer hablar con nadie y sin permitir que nadie lo visitase. Solo a él le había dejado subir a la sierra una vez en todo el tiempo que había transcurrido y se lo encontró tan deteriorado que temió por su salud y su cordura mental. Carlos se había ido abandonando poco a poco a la melancolía y a la desesperanza.

Ni siquiera regresar al cuartel le había mejorado el ánimo, una vez acabados los días de permiso. Parecía que al estar ocupada, su mente no le daba vueltas a todo el tema de Abril, pero Samuel sabía que eso no era así. Carlos cumplía con su cometido como un robot que acata órdenes y nada más. Pero no conseguía sacarla de su memoria ni un minuto en todo el día.

Al terminar su jornada laboral, no corría hacia el bar donde siempre se tomaba unas cañas con los compañeros y amigos entre risas, sino que se recluía otra vez en su casita de la sierra y no la abandonaba hasta el día siguiente para regresar a la rutina del cuartel.

Samuel se bajó del vehículo y caminó hasta Carlos que, sentado en la mecedora del porche, tenía la vista perdida en el horizonte.

Su aspecto, siempre cuidado, ahora denotaba la falta de interés del hombre. La perilla se había convertido en una barba enmarañada que le cubría toda la mandíbula y bajaba por su cuello. Bajo sus ojos, unas sombras oscuras delataban lo poco que Carlos había dormido en esos días. Llevaba puesta una camisa de tipo leñador, de cuadros rojos y negros, y un pantalón de chándal gris con algunas manchas.

—Menudas pintas tienes... —comentó a modo de saludo al verlo tan desaliñado que costaba creer que fuera él, que siempre había destacado por su buen vestir.

Carlos desvió su mirada desde las flores que la primavera había hecho crecer a su alrededor hasta su amigo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Samuel.

—He venido a felicitarte. Hoy es tu cumpleaños.

—Mejor dame el pésame. Hoy pierdo a Abril para siempre.

Carlos miró de arriba abajo a su amigo y añadió:

—Por cierto, ¿no deberías estar vistiéndote para asistir a su boda? Vas a llegar tarde y Mar se enfadará.

—Mar sabe que estoy aquí y todos los demás también. —Samuel se acercó a la barandilla del porche y se apoyó en ella—. Me han pedido que te lleve conmigo.

Carlos lo miró primero sorprendido. Después comenzó a enfadarse.

—¿Pretendéis que vaya a la boda de Abril con el catalán y vea cómo el amor de mi vida se une para siempre a un hombre que no soy yo? ¿Os habéis vuelto todos locos o es que no os resulta suficiente todo lo que estoy sufriendo y queréis machacarme más? —quiso saber, levantándose de la mecedora y enfrentándose a su amigo, que lo miraba sonriente.

—Abril quiere que vayas.

—¿Qué Abril quiere que vaya? —preguntó sin dar crédito a lo que oía.

—Sí. Bueno, no es que quiera que vayas a la boda. Es que necesita que tú estés allí presente —respondió Samuel con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Para qué? ¿Para torturarme? —gritó Carlos lleno de rabia y frustración.

—No —dijo una voz femenina alta y clara.

Abril apareció de repente desde detrás del coche de Samuel. Carlos no se había dado cuenta de su presencia hasta ese mismo momento.

La miró totalmente descolocado, sin saber si correr hacia ella y tomarla en brazos para besarla hasta dejarla sin sentido, o pellizcarse para ver si se trataba de una ilusión óptica.

Ella se acercó despacio hasta el porche de la cabaña, al tiempo que Samuel se retiraba unos metros para dejarles intimidad.

Abril llegó hasta Carlos, que aún la miraba sorprendido, y se plantó a escasos dos metros de él.

—¿Qué haces aquí, Abril? —le preguntó mientras no dejaba de admirar su belleza. Llevaba el mismo chándal gris y rosa que él le compró en el pueblo cuando la secuestró.

—He venido a buscarte.

—Ya te dije que no iba a ir a tu boda.

Abril suspiró y dio un paso más hacia adelante para acercarse a Carlos.

—Ya, pero es que ha surgido un problema y necesito que vayas a mi boda.

—¿Y por qué ese problema no lo soluciona el catalán? —dijo con rencor.

—Porque el único que puede arreglarlo eres tú.

Abril dio otro paso más en dirección a Carlos y una traviesa sonrisa se extendió por su cara. Se tocó el pelo, como siempre que estaba nerviosa.

—¿Yo? —preguntó escéptico Carlos.

Abril asintió. Se mojó los labios con la lengua y Carlos resiguó fascinado el camino de humedad que había trazado.

—Sí, tú —afirmó ella—. Desde que pasamos aquel fin de semana juntos, aquí, no he podido dormir.

—¿Te remuerde la conciencia? —quiso saber Carlos.

—No, pero tampoco estoy orgullosa de haberle sido infiel a Andreu. Él es un buen hombre y no se merece algo así. —Suspiró y, tras una pausa en la que Carlos la miraba expectante, prosiguió—. No he podido dormir porque te necesito a mi lado en la cama para poder hacerlo y por eso he venido a buscarte. He vuelto porque cada vez que te veía en todos estos años seguía sintiendo el flechazo del primer día y quiero seguir sintiéndolo. He venido a buscarte porque me estaba volviendo loca al pensar que ya nunca más me harías el amor. —Abril alargó una mano y le mostró algo que llevaba en ella mientras terminaba de cubrir la distancia que los separaba—. He vuelto porque no te dije aquel fin de semana que pasamos aquí, que te amo con todo mi corazón. Pero sobre todo, he venido... —Abril le cogió una mano a Carlos y puso sobre su palma un dedal, un carrete de hilo y una aguja prendida en él—... Para coser tu alma rota y para que tú cosas también la mía.

Carlos estaba tan alucinado que tardó unos segundos en responder.

—¿Entonces no te casas con el catalán?

—No. —Abril soltó una carcajada—. No me caso con el catalán. Pero la boda sigue en pie. Solo hay un ligero cambio... de novio, si aceptas casarte conmigo dentro de... —Abril miró su reloj—... Tres horas. Pero vamos a tener que darnos prisa porque yo aún tengo que vestirme, maquillarme, peinarme... Y todavía estamos aquí, en mitad de la montaña. Con lo que tardamos en llegar hasta...

No pudo continuar hablando porque Carlos la silenció con un apasionado beso.

—¿Eso es un sí? —preguntó Abril jadeante. El beso le había robado el aliento.

—Por supuesto que es un sí. Después de tantas veces que me has pedido en todos estos años que me casara contigo, alguna vez tenía que decirte que sí, ¿no crees?

—Mira que has resultado difícil de convencer. —Se rio ella.

—¿Difícil yo? Te recuerdo que tuve que secuestrarte para que cambiaras de opinión.

Carlos se unió a su risa y la besó de nuevo.

—Tenemos que irnos ya o no llegaremos a tiempo para la ceremonia —dijo Abril cogiéndole de la mano para dirigirse al coche de Samuel, que desde la distancia había observado la reconciliación de los dos enamorados.

—¿Y cómo se supone que voy a casarme contigo si no tengo traje de novio? —quiso saber Carlos.

—De eso ya se ha encargado tu madre. No te preocupes.

—¿Mi madre?

Abril asintió.

—Así que dúchate, afeitáte. —Ladeó la cabeza y se quedó mirándolo pensativa—. Pero vuelve a dejarte la perilla. Me gustas con ella. —Le sonrió y le acarició la cara. Carlos movió su rostro para aproximarse más a esa mano cálida y suave que lo tocaba. Le dio un dulce beso en la palma mientras Abril continuaba hablando—. Ve a casa de tus padres a vestirme con el traje de novio y a la una nos vemos en el palacio de Cristal del Retiro. Espérame dentro, junto a tu madre, que será la madrina.

—Mis padres deben estar como locos con todo esto. —Carlos la cogió de la cintura para pegarla más a él—. Siempre les gustaste mucho y no te puedes imaginar la cantidad de veces que me han echado en cara que te dejara escapar.

—Mis padres también están muy contentos porque al fin hayamos vuelto juntos y nos vayamos a casar, pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad? —Abril amplió su sonrisa antes de rozarle los labios con un pequeño beso que dejó a Carlos con ganas de más.

—Recuerdo que te lo dije hace un mes, pero como eres tan cabezota, no me hiciste caso. De todos los novios que has tenido, yo era el favorito.

Los dos se rieron felices y de nuevo se besaron con pasión.

Después anduvieron hasta el coche. Samuel ya se había metido dentro. Abril abrió la puerta para entrar en el vehículo, pero Carlos la detuvo.

—Espera un momento. —Ella se volvió para mirarlo expectante ante lo que él fuese a decirle—. Necesito que me expliques qué ha pasado con el catalán. ¿Y tu traslado a Nueva York? ¿Sigue en pie?

—Cuando regresé a Barcelona estuve unos días muy mal, pensando en todo lo que había pasado entre nosotros y preguntándome si podría continuar con mi vida como hasta entonces. Si sería capaz de casarme con Andreu habiéndole sido infiel. La respuesta fue no. No podía hacerlo.

Así que una noche que salió el tema de la boda y el traslado a Nueva York, se lo dije. Primero le comenté que no quería irme al extranjero y después terminé confesando todo lo que había pasado contigo. Le expliqué que no podía casarme con él porque te amo a ti. Porque siempre te he amado a ti y porque te seguiré amando cada día de mi vida hasta que muera.

—¿Y él no trató de convencerte para que te quedases a su lado? —preguntó Carlos.

—Claro que lo intentó, pero ya sabes lo cabezota que soy —reconoció Abril—. Andreu me perdonó la infidelidad. Dice que es un capítulo de mi vida que yo debía cerrar antes de unirme a él y que entendía lo que pasó entre nosotros. Pero al final se dio cuenta de que yo no quería cerrar ese capítulo contigo. Quiero que siga abierto para siempre.

Carlos suspiró aliviado y tuvo que reconocer que el catalán era un hombre que amaba a Abril por encima de todo, capaz de perdonar algo así, una cosa que no muchos son capaces de hacer.

—Entonces, no te vas a Nueva York tampoco —repitió él para confirmarlo.

Abril se acercó y lo besó en los labios dulcemente.

—No. Me quedo aquí. En Madrid. He encontrado empleo en una empresa que construye cabañas como esta tuya en la sierra. Empiezo dentro de dos semanas, justo cuando volvamos de la luna de miel.

Carlos abrió tanto la boca por la sorpresa del trabajo que Abril temió que se le desencajase la mandíbula.

—¡Enhorabuena! —exclamó más contento que un niño la mañana de Reyes abriendo los regalos. Cogió a Abril por la cintura y la levantó un palmo del suelo. Dio una vuelta en torno así mientras los dos reían a carcajadas.

—¡Vámonos o llegaremos tarde! —gritó Samuel sacando la cabeza por la ventanilla y pitando con el claxon del coche.

Carlos puso a Abril en el suelo otra vez y le dio un beso.

—¿Por qué has tenido que traerlo? —le preguntó a su futura esposa.

—Bueno... teniendo en cuenta que no me aprendí el camino cuando me llevaste de regreso a Madrid —le contó con los brazos alrededor de su cuello, negándose a perder el contacto de sus cuerpos unidos tan pronto—, lo necesitaba. Además, él fue cómplice en mi secuestro. Ahora debía serlo en el tuyo.

—¿Planeabas secuestrarme si te decía que no me casaría contigo? —adivinó Carlos.

—Estaba casi segura de que no me dirías que no después del fin de semana que pasamos aquí. Pero como volví con Andreu de todas formas... —Abril le acariciaba la nuca a Carlos con dulzura mientras él sentía el contacto de sus dedos dejando un rastro de fuego con cada pasada— ... No sabía cuál sería tú reacción ahora. Cabía una posibilidad, muy pequeña, eso sí, de que me mandases a tomar viento al verme aquí otra vez, así que necesitaba a Samuel para llevarte al altar a la fuerza. Compréndelo, yo no puedo cargar contigo al hombro como un saco de patatas, igual que hiciste tú conmigo cuando me secuestraste.

Carlos soltó una carcajada y la besó de nuevo.

Abril, con mucho esfuerzo, deshizo el abrazo.

—A la una te espero. Por cierto, feliz cumpleaños —le dijo antes de dar media vuelta y meterse en el coche.

Cuando Carlos perdió de vista el auto de Samuel, corrió a ducharse y prepararse para volver

a Madrid en su todoterreno.

Se metió en el bolsillo de la chaqueta el carrete de hilo, con la aguja y el dedal que Abril le había entregado en aquel acto simbólico para coser su alma rota.

Arrancó el coche y bajó a la ciudad con la felicidad inundándole el cuerpo.

Por fin todo el sufrimiento había terminado.

Tantos años perdidos se acababan ya.

Abril y él estarían juntos para siempre.

23 de mayo.

Muchas horas después...

—¿A dónde me llevas? —preguntó Carlos tocándose la venda que le cubría los ojos.

—Como te quites el pañuelo, paro el coche y te dejo aquí en medio de la nada —lo amenazó Abril.

Carlos suspiró resignado y excitado a parte iguales.

Cuando toda la fiesta de su boda se terminó y los últimos invitados se marcharon, él pensaba que se quedarían a pasar la noche en el hotel donde se había celebrado el banquete. Pero Abril tenía otros planes.

Le pidió las llaves de su todoterreno, le hizo montar en el asiento del copiloto y le tapó los ojos.

Llevaban cerca de una hora de viaje y Carlos estaba ansioso por saber dónde pasarían su luna de miel, ya que Abril le había mantenido en ascuas, sin querer revelarles dónde iban a estar.

De pronto, el vehículo se detuvo.

—Hemos llegado —anunció su recién estrenada mujer—. Puedes quitarte la venda.

Carlos obedeció y al enfocar la vista, comprobó que estaban frente a su cabaña de la sierra.

—¿Aquí vamos a pasar...? —comenzó a preguntar, pero Abril lo interrumpió.

—¿No te gusta la idea? —quiso saber ella temiendo haberse equivocado.

Carlos se quitó el cinturón de seguridad y se acercó a ella. Cogió su rostro entre las manos y la besó suavemente.

—No me importa donde estemos, siempre que estemos juntos —susurró cerca de sus labios.

Abril sintió cómo el dulce aliento de Carlos estimulaba todas sus terminaciones nerviosas. El corazón se le aceleró y la sangre corrió enloquecida por sus venas.

—Entremos. —Jadeó ella—. Estoy deseando que me arranques este maldito vestido y me hagas el amor durante dos días enteros.

—Tus deseos son órdenes, cielo.

Carlos se bajó con rapidez del coche y lo rodeó para abrir la puerta de Abril. La asió por la cintura y se la echó al hombro.

Abril soltó una carcajada mientras le recriminaba:

—¿Piensas meterme así en la casa? Esta no es la forma correcta de llevar a la novia.

Carlos le dio una palmada en el trasero.

—Pero es la mejor forma de secuestrarte —dijo.

—No necesitas secuestrarme. Ya somos marido y mujer —respondió Abril entre risas.

Él la puso de nuevo sobre sus pies en la puerta de la vivienda, pero solo un segundo. Lo justo para cogerla como manda la tradición y entrar con ella en la cabaña, cumpliendo así el deseo de Abril.

Cerró la puerta a su espalda con el pie.

Se dirigió hacia la habitación y depositó a Abril otra vez en el suelo.

Conforme Carlos bajaba la cremallera del vestido de novia de su esposa, el pulso cardíaco de

ella aumentaba, deseando unirse al cuerpo de su recién estrenado marido.

—Te quiero, Carlos —susurró contra los labios de él, completamente feliz.

Por fin había conseguido al amor de su vida.

Y se había casado con él como siempre soñó. En el palacio de Cristal del Retiro y en la estación del año que más le gustaba.

Así que la felicidad era inmensa. Las mejores experiencias de su vida siempre le habían ocurrido en primavera.

FIN

Agradecimientos

Son tantas las personas a las que tengo que agradecer su apoyo incondicional que no sé por dónde empezar. Quizá lo mejor sea por las lectoras, porque sin ellas las autoras no tendríamos razón de ser. Debería continuar por mi familia, gran apoyo para mí; por mis lectoras cero y mejores amigas, Vanessa Valor y Mónica Quiroga, que siempre están ahí para exigirme ir un paso más allá, crecer como escritora, ser más rebuscada con las tramas de las historias; también por sus críticas negativas y positivas a los manuscritos de mis novelas. A mis compañeras de letras por el apoyo que me dan, por compartir mis publicaciones en Facebook y por los buenos ratos que pasamos juntas en las presentaciones, los eventos literarios que se organizan por toda España...Y ahora que menciono los encuentros románticos también debo dar las gracias a las personas que se involucran en estas cosas porque así nos acercan, nos unen, a las autoras con las lectoras y eso es algo maravilloso. Mil gracias por crearlos y organizarlos con todo el trabajo y el esfuerzo que supone llevar a cabo algo así.

Y para terminar, doy las gracias a Ediciones Kiwi y a mi editora Teresa por confiar en mi trabajo otra vez.

Creo que no me dejo a nadie. Si es así, daros por agradecidos ;)